

GONZALO DE CÓRDOBA

6

LA CONQUISTA DE GRANADA

ESCRITA

POR EL CABALLERO FLORIAN.

PUBLÍCALA EN ESPAÑOL

DON JUAN LOPEZ DE PEÑALVER.

TOMO I.

SEGUNDA IMPRESION.

MADRID MDCCCIV.

Imprenta de la Administracion del Real Arbitrio
de Beneficencia.

M. P. Torio y Cueva

*Se hallará en la librería de Alonso,
frente á las Gradass de San Felipe el
Real.*

M. P. Davis & Co.

Á DON NICASIO ÁLVAREZ

DE CIENFUEGOS

SU AMIGO

DON JUAN LOPEZ DE PEÑALVER.

¿Á quien, querido Amigo, deberé yo ofrecer estos ocios, fruto de momentos consagrados á la soledad y á la melancolía? Al que ha querido corregir la rudeza de mi pluma; al que ha hermoñado esta obrita con los versos que hay en ella; al que me estimuló á empezarla, á concluirla y darla á luz. Recibe, dulce Amigo, esta corta ofrenda que, por mi mano, te hace la Amistad.

A DON VICENTE ALVAREZ

DE CHERBURGO

EN LONDRES

DEL SEÑOR DON VICENTE ALVAREZ

Yo quisiera, querido Amigo, haber
escrito estas cosas, como de memoria, con-
seguido á la verdad y á la satisfacción
que ha querido conseguir la lectura de mi
obra; al día de hoy me acordaba esta obra
con las versos que hay en ella; al día de hoy
estaba á mi espera, á concluir y darla
á mi Amigo, dulce Amigo, esta obra
cuando que, por mi mano, se hace la

Amiga

SUMARIO DEL LIBRO I.

Exposicion. — Ofrenda á la nacion Española. — Isabel y Fernando ponen sitio á Granada. — Pueblos y Héroe que los acompañan. — Carácter de Fernando y de Isabel. — Pintura de Gonzalo, Embaxador de Fez. — Sus amores. — Amistad de Gonzalo y de Lara. — Descripcion del Africa. — El Rey de Fez detiene á Gonzalo. — El Héroe le obliga á firmar la paz. — Peligro en que se ve Gonzalo. — Sálvalo un Cautivo. — Huye en una barca, que se rompe en una tempestad. — Gonzalo arriba á un navío. — Encuentro que tiene en él. — Combate y victoria del Héroe. — Sale herido del combate. — Llega á Málaga.

Exposición — Obediencia a la nación
 Española — Isabel y Fernando ponen
 sitio a Granada — Pueblas y héroes
 que los acompañan — Caracteres de Fer-
 nando y de Isabel — Financiera de Gon-
 zalo, Embaxador de Fez — Los gimo-
 res — Amigos de Gonzalo y de Is-
 abel — Desembarco del África — El
 Rey de Fez dañene a Gonzalo — El
 almirante le obliga a firmar la paz —
 Peligro en que se ve Gonzalo — Sal-
 vado un cautivo — Muerte de una bar-
 ca que se rompió en una tempestad —
 Encuentro de un navio — Encuentro
 que tiene en él — Confianza y vic-
 toria del héroe — Sale herido del cam-
 po de batalla — Llegada a Málaga

GONZALO DE CÓRDOBA.

LIBRO I.

Castas Ninfas , que bañais las trenzas de vuestros dorados cabellos en las cristalinas ondas del Guadalquivir , y á la fresca sombra de los hojosos chopos , formais matizadas guirlandas de las olorosas flores , que nacen continuamente en los verdes prados de la Andalucía; venid , enseñadme á celebrar los héroes de vuestras riberas: recordad los combates sangrientos , que viéron los muros de Granada , las victorias de Gonzalo , sus amores y sus desgracias : contad como , preparada , al

soplo de la discordia , la ruina de la gente mora , el valor de Isabel y la prudencia de Fernando arrancáron la España á sus antiguos usurpadores. Adornad , Ninfas bellas, vuestros acentos, de aquellas gracias nobles y afectuosas , de aquella fecunda imaginacion , que tienen su trono en vuestro suelo patrio: encubrid la frente austera de la verdad , con las guirlandas que ciñen vuestras sienes ; y á par que brindais á los corazones tiernos con las penas y los placeres, que algun dia probáron, recordad á todos los Reyes del universo , que los únicos apoyos del trono son la justicia y la virtud.

Generosos Españoles, nacion va-

liente y magnánima, madre de los amantes finos, eternos modelos de las almas sensibles y constantes; tú, cuyos invencibles guerreros, haciéndote señora de inmensas regiones, forzaron al sol á que jamas muriese para tu dilatado imperio, acepta mi tributo: yo te consagro en esta humilde ofrenda, aquellos dos sentimientos, ídolo de tus grandes almas, sagrado honor y amor ardiente.

Isabel reynaba en Castilla, y Aragon obedecia á Fernando. Los dos Soberanos unidos por un himeneo feliz, habian entrelazado sus coronas, sin confundir sus Estados. Ambos en la flor de la edad, ámbos igualmente inflamados del ar-

diente deseo de la gloria, veian con indignacion, los mas hermosos paises de España baxo la dominacion de los Musulmanes. Ocho siglos de victorias no fuéron bastantes á arrancar, de las manos de los hijos de Ismael, todas las conquistas de sus abuelos. Á veces vencidos, pero nunca deshechos, aun poseian las deliciosas orillas, que baña el mar de Africa, desde las columnas de Alcides hasta el sepulcro de los Cipiones. Granada era su capital, y solo los estados de Granada hacian á Boabdil un Monarca poderoso.

El feroz Boabdil habia provocado la cólera de Isabel. El desprecio de los tratados en las excursio-

nes de la Andalucía, aceleró el día de la venganza; y la trompeta guerrera resonó, desde donde muere el Bétis hasta el nacimiento del Ebro. Toda la España se conmueve: Fernando acude con sus animosos Aragoneses: el fiero Catalan, el fogoso Valenciano y el Balear astuto siguen sus pasos: los agresivos Asturianos baxan de sus enrisgados montes: el antiguo Leon junta sus falanges: los fieles Castellanos vuelan á las armas; y los esposos regios, dueños ya de casi todas las plazas que impedían el acercarse á Granada, ponen sitio en fin á sus muros.

Jamas se vió una sola ciudad amenazada de tantos Capitanes ilus-

tres : jamas un mismo campo reunió tantos héroes. Allí se distinguian los Mendozas , los Nuñez y los Medinas : Guzman , el orgulloso Guzman , fiero de su descendencia real : Aguilar que veia mayor antigüedad en la virtud que en la nobleza : Hernan Cortes , que apenas salido de la infancia , manejaba por la primera vez el acero que habia de domar á México : el amable Príncipe de Portugal , Alfonso yerno de Isabel , Alfonso que habia de costar tantas lágrimas á la desgraciada esposa condenada á sobrevivirle : el invencible Lara , amigo y apoyo de los oprimidos , Lara honor de su nacion , caro á su patria , mas caro todavía á la amistad , de que era

modelo fiel: el venerable Tellez, baxo cuyas respetables canas ardia un ánimo juvenil, que cinquenta años admiraron al frente del esquadron indomable de los Caballeros de Calatrava; y una multitud de guerreros, la flor y gloria de España, que todos habian reconocido por xefe al feliz esposo de Isabel, todos habian jurado morir ó vencer baxo el mando de Fernando.

El Monarca modera el ardor de los Capitanes, y quiere diferir los asaltos. Consumado en el arte profundo de dividir para reynar, de preparar la victoria ántes de correr á la batalla, habia fomentado en Granada las disensiones que la agitaban, procurando debilitar un pue-

blo que pensaba embestir prontamente. Impenetrable en sus designios, y constante en seguirlos en el silencio, camina por largos rodeos para adelantar el feliz éxito. No le irritan los obstáculos, porque su prudencia los ha prevenido todos: no le sorprende lo futuro, porque su sabiduría lo hace todo cierto. Activo, paciente, infatigable, rival del mas bravo en la guerra, sin rival en los consejos, su brazo fixaria la fortuna, si su penetracion no la hubiera encadenado.

La animosa Isabel solo quiere vencer. Animada del amor ardiente de su religion y de su pueblo, persigue al Moro, irreconciliable enemigo de su nacion y de su fe. El

honor le manda volar al combate: el honor es su única prudencia. Su alma grande no necesita jamas ocultar sus sentimientos. Acostumbrada á dar cuenta á Dios de los mas secretos pensamientos, teme poco á los ojos de los hombres, y marcha con la frente serena, apoyada en su virtud. Generosa, magnánima, sensible, severa consigo misma, justiciera con todos, exemplo é ídolo de sus vasallos, su consejo está en su deber, su fuerza en su ánimo, su esperanza en el ser eterno.

La sangre de ámbos partidos habia ya salpicado los campos, y desde el principio del sitio habia el sol corrido la mitad de su carrera, sin que nada anunciase todavía que

Granada se debilitaba , ántes bien parecia que recobraba nuevas fuerzas , desde que el mas intrépido , el mas temido de los Españoles , Gonzalo , faltaba del campo ; Gonzalo , que todavía no ha cumplido cinco lustros : á quien los Capitanes ancianos consultan con respeto : Gonzalo , cuyo brazo terrible no ha encontrado un adversario que pudiese en duda la victoria , y en quien los mismos vencidos reverenciaron las virtudes. Nacido en Córdoba , y criado entre las continuas guerras que mantenía Granada con sus vecinos , los combates fuéron sus juegos , y los despojos moros su patrimonio. Desde su tierna infancia supo vencer , y agradar con

los dones de que la naturaleza pródiga le colmó. Cubierto de acero, su frente ceñida del morrion, la estatura, el ayre magnánimo, la fuerza mas que humana, el valor superior á la fuerza, son el espanto de los guerreros. Desarmado, la belleza y la gracia, las miradas dulces y penetrantes, las facciones dó se hermanan la nobleza y la afabilidad, arrastran todos los corazones. Sus rivales zelosos, léjos de él, no se atreven á estarlo en su presencia, y la desesperacion de la envidia se muda en la necesidad de amarle.

Gonzalo era entónces víctima triste de la mas baxa perfidia. El Monarca de Fez, Seid, solicitado

por los Granadinos , habia amenazado con las armas, las orillas de Andalucía. Los Reyes deseaban la paz con el Africano, por no distraerse de su meditada conquista. Ofrécenle las condiciones; pero instruido por la fama del grande nombre de Gonzalo, Seid pidió que el Castellano viniese de Embaxador á su Corte, negándose á tratar con nadie sino con tan célebre guerrero. Isabel vacila por mucho tiempo; pero el temor del nuevo enemigo, la esperanza de la pronta vuelta del héroe, la determinan al fin. Gonzalo, instruido mucho ántes en la lengua y costumbres de los Arabes, va encargado por sus Soberanos de asegurarles el reposo.

Un navío le lleva á Fez , en donde el pérfido Seid , á ruegos de Boabdil , lo detiene con diversos pretextos , dilatando firmar la paz, y dando de este modo tiempo á Granada para respirar.

Incapaz de desconfianza , pero irritado de tanta dilacion , Gonzalo se queja de un honor que pone en inaccion el valor. La gloria de que está ansioso no es sola la que agita su corazon : otra pasion mas viva y ménos feliz le ocupa enteramente. El amor , el temible amor habia sojuzgado aquella alma fiera , y el héroe habia conocido su poder en el seno mismo de los combates y de la victoria.

Poco tiempo ántes del sitio , Gon-

zalo , vencedor de los Moros , llega al pie de los muros de Granada , triunfa de nuevo , entra en la ciudad esparciendo por toda ella el terror y la muerte. Á su vista caen y huyen los Moros : un arroyo de sangre señala el lugar por donde ha pasado. En este dia acabara Boabdil y su imperio , si los Castellanos hubieran podido seguirle. Zulema hermana del Rey , hija del virtuoso Muley-Hassem ; Zulema , que desde su aurora eclipsaba todas las bellezas del Africa y la Iberia , sale en medio del pueblo aterrado , se desmaya á la vista de la carnicería , y temblando cae de rodillas en las gradas del Palacio Real. Tiende los brazos al cielo , y el

rostro anegado en llanto, invoca al Todopoderoso, pidiéndole afligida que alejase aquel terrible guerrero que camina acompañado de la muerte. En este instante se presenta Gonzalo, la espada en la mano, cubierto de sangre, abriéndose camino al traves de las víctimas y de los fugitivos. Corre, vuela, llega á la Princesa.... su espada queda inmóvil, la mano detiene el fogoso caballo, y lleno de admiracion contempla aquel rostro encantador, que el dolor hermoseaba, aquellos ojos en que el brillante azul enternecia y ardia á un tiempo, y la noble frente en que estaban unidas la magestad y el tímido pudor, aquellas largas trenzas de ébano, la

mitad flotando desordenada entre un velo de púrpura , y la otra mitad que bañada en lágrimas cae y reposa sobre el mármol. Todas las gracias , todos los atractivos con que la naturaleza se complace en ornar la amable virtud , adornaban la hermosa Zulema. Tal , y quizá ménos bella , se mostró la sensible Ximena , quando vino á implorar á su Rey contra el héroe á quien adoraba.

Gonzalo siente palpar su corazón , y sacia los ojos con el dulce veneno del amor. Tiembla , suspira , se abrasa , y su alma entera está penetrada de un fuego devorador. Olvidándose de Granada , de la guerra , y del riesgo en que es-

tá, va á saltar del caballo para tranquilizar á la Princesa ; pero los enemigos ya reunidos vienen sobre él , y le acometen por todos lados. Los innumerables golpes que descargan sobre sus armas , le arrebatan de sus tiernos pensamientos , y volviendo en sí , quiere pelear y no encuentra su primer ardor. En fin cede á la multitud , mirando siempre á Zulema , parando con débil mano los alfanges que le amenazan , y teniendo en poco la gloria y la vida como vuelva á mirar á aquella que no puede dexar , á aquella de quien en adelante dependerá su destino , saliendo al fin vencido y sojuzgado de la misma ciudad en donde poco ántes le ha-

bian visto penetrar como formidable conquistador.

Desde este dia el triste Gonzalo alimenta un amor sin esperanza, en los disgustos y la amargura. Ignorando el nombre de la que ama, tiembla pensando si será esposa ó amante de algun héroe; y aun quando fuera vano su temor, ¿cómo podia prometerse el verse amado, siendo el mayor enemigo de la Religion de su pueblo, el terror de Granada, y presentándose delante de ella teñido en sangre de sus defensores? Cubierto con la visera, Zulema no podia haber leído en sus ojos su amor, su profundo dolor, y el arrepentimiento de sus hazañas. Apénas se atreve á con-

servar la esperanza de volverla á ver ; pero ocupado continuamente el pensamiento en su imágen , la lleva siempre consigo. En el combate , en el reposo , en el tumulto , en la soledad , ve siempre la imágen adorada ; contempla aquella celestial belleza arrodillada delante del palacio , levantadas las manos y los ojos al cielo ; oye su voz dolorida , distingue sus tiernos acentos , y cree recoger de sus labios las lágrimas que cubrían su rostro.

La fortuna había concedido á Gonzalo , que la dulce amistad le acompañase en su infortunio. Lara, el sensible Lara ama á Gonzalo mas que su propia vida , le ama como la gloria. Unidos desde la

tierna infancia, criados en la misma ciudad, ó mas bien en los mismos campos de batalla, juntos aprendieron á pelear, y siguiéron con igual paso la carrera de los héroes. Jamas experimentáron un sentimiento que no fuese comun á ámbos; y los intereses y deseos del uno ocupaban y atormentaban á su amigo mas vivamente que á sí mismo, estimándose á sus propios ojos por las virtudes del que amaban. Lara no conocia el orgullo, sino quando hablaba de Gonzalo: Gonzalo no dexaba de ser modesto, sino refiriendo los hechos de Lara: sus almas se buscaban continuamente, y no poseían todas sus facultades hasta haberse encontrado: nada po-

dia conmooverlos hasta este momento feliz : los mas secretos pensamientos eran una carga superior á sus fuerzas , y corrían á librarse de ella comunicándoselos. No de otra suerte dos tiernos olmos brotan de dos vástagos vecinos , se apoyan uno en otro , crecen juntos , confunden sus ramas pomposas , y dominan los bosques cercanos.

¡ Ay ! ¡ qué de lágrimas derramaron quando fué preciso separarse !
¡ Quán tierna fué su despedida !
Estrechándose mutuamente en sus brazos , se separaban , y volvían á abrazarse : sus corazones agenos de todo temor en los peligros mas terribles , temían los menores acasos que pudieran amenazar á su ami-

go. Gonzalo pedia á Lara que no buscasse los peligros en ausencia de su hermano: Lara suplicaba á Gonzalo el moderar su natural animosidad en la Corte de un Rey pérfido y cruel: ámbos rogaban á Isabel que los dexase partir juntos; pero el Ejército, demasiado débil, necesitaba alguno de los dos héroes. Gonzalo se vió en la necesidad de hacerse á la vela, y Lara desde este momento funesto, sin ardor y desanimado, se cree solo en medio del campo. Ya no le excita el sonido de la trompeta. ¿Para qué vencer si su amigo no ha de gozar de la victoria? Solitario, adusto, feroz huye de sus Reyes y sus compañeros, busca el

silencio de las soledades, trepa por los montes encumbrados para tender la vista por el mar de Africa. Allí respira Gonzalo: allí es donde todavía mas digno de compasion, desterrado léjos de su patria, léjos de su amigo, léjos de su amada, Gonzalo suspira, se irrita, cuenta los momentos que no puede acelerar, y despedaza sin cesar un corazon en que redobla el tiempo las heridas.

Quanto mira al rededor de sí, aumenta sus tormentos. Sobre una tierra árida y ardiente, sembrada de algunas palmas, se ve un pueblo de esclavos, sometidos á un Déspota feroz. En vano el infeliz Africano riega con el sudor de su

frente, los áridos surcos que alimentaran su familia. Apénas amarillean sus mieses, quando espesas nubes de langostas vienen á devorarlas en un dia, ó si se libra de esta plaga terrible, los Visires, los Gobernadores, Reyes de las Provincias, pasando rápidamente del trono al cadalso, de la diadema al cordon, se apresuran á cebarse en la sangre de los pueblos, y acumular inmensos tesoros para comprar sus delitos. El soberano de estos numerosos tiranos, adormecido en una indigna molicie, é infatuado con brutales deleytes, no se acuerda de que es Rey sino para ordenar una injusta muerte. Los mas desenfrenados deseos, los mas atroces ca-

prichos , en su boca , son las leyes sagradas del imperio. Sus vasallos , consagrados á la infelicidad, trabajan y mueren á su antojo. Sus bienes , sus mugeres , sus hijos le pertenecen : al menor indicio quedan despojados : á la menor sospecha saltan sus cabezas. En estas bárbaras regiones , la sangre de los hombres se aprecia ménos que el agua de que el cielo se muestra tan avaro ; y el Monarca se regocija de ejercer las horribles funciones de verdugo.

Tal es la Corte , en donde el mas sensible y mas generoso de los mortales , se ve precisado á pasar los dias , que quisiera borrar de su vida. En vano se indigna , ame-

naza, se queja á Seid, con aquella altiva libertad de que se alimentan las almas grandes. Seid le teme, huye su presencia, y se oculta en el fondo de su serrallo. Los Visires, acostumbrados á la astucia y al fraude, aplacan al héroe con ofrendas, engañan al Embaxador con juramentos, y el invencible Gonzalo á quien todo cede en las batallas, á quien no resiste ningun muro, se ve burlado de viles ministros, y cautivo de un Rey á quien desprecia.

La luna habia ya renovado dos veces sus luces, desde que Gonzalo arribó á las orillas de los Africanos. Cansado de tantas perfidias, quiere en fin obligar á Seid á rom-

per aquel silencio que le ofende; é informado del dia en que el Monarca ha de ir á la mezquita, le espera solo en el camino. Descúbrele, y se adelanta. El continente, el ayre, la audacia del héroe intimidan á la guardia, y se aparta. Parado delante de Seid, en una mano el tratado, y en la otra la espada desnuda, con voz alta y firme le dice: Rey de Fez, aquí tienes la guerra, ó la paz: escoge al instante: cien mil cuchillas, iguales á esta que brilla en mi mano, solo esperan una palabra de mi boca para venir á derribar tu trono y tus muros entre rios de sangre: todas estan sobre tu cabeza: si vacilas van á descargar el golpe.

Seid turbado, le mira: su vista le atemoriza, é inclina la pálida frente. La Corte tiembla, el pueblo huye, y los soldados se disponen á abandonarle. El Rey de tantos esclavos, amedrentado al aspecto de un hombre libre, firma el tratado sin responderle. Gonzalo satisfecho se retira, y va á prepararse para partir.

Pero los Visires de un Déspota le persuaden con freqüencia el crimen; y los de Seid mas irritados que el Monarca mismo, le instan á tomar venganza. Gonzalo habia despreciado su poder: Gonzalo merecia la muerte. Castigando á un temerario que ha ofendido al Rey con su orgullo, Granada quedará libre, y la España perderá su mas

firme apoyo. La política y la venganza lo exígen: la muerte del héroe es justa, desde el instante que es útil; y los horribles consejeros determinan al Monarca á ser asesino.

Al punto se mandan tomar secretamente todos los caminos por donde Gonzalo ha de pasar: mil hombres no les parecen bastantes para que perezca un guerrero solo. La astucia unida á la fuerza, escoge el lugar del asalto, corta todas las comunicaciones, y oculta cuidadosamente los preparativos, mostrando aquellos bárbaros mas inteligencia en dirigir viles asesinos, que nunca empleáron para pelear contra sus enemigos.

La noche habia ya tendido su

manto, y Gonzalo sin rezelo pensaba salir de Fez al rayar el dia. Tranquilo en su palacio, gozaba de la dulce esperanza de abrazar pronto á su amigo, y derramar en su tierno corazon las penas que habia padecido. Acercarse á los sitios donde habita la que amaba: poder acaso penetrar otra vez en ellos, y encontrarla cerca del palacio: defender y salvar su vida: obligarla al reconocimiento ántes de declararle su amor: todas estas chîmeras de que se alimentan los amantes, y las miran como verosímiles, entretenian á Gonzalo, quando de improviso oye, cerca de su palacio, tocar un instrumento que el héroe reconoce, y recordándole su patria,

cautiva su atención. El héroe es-
cucha, y una voz trémula cantó
en castellano estas palabras:

Incautos hijos de Marte
imprudentes amadores
la fortuna en sus favores
tal vez os pierde falaz.
Velad, velad.

¡Quántas veces silenciosa
va la traición siguiendo
con fementido semblante
al invencible guerrero!

Y quando ya su inocencia
y su gloria, sin rezelo
llevó al escondido lazo
le oprime en triunfo perverso.

Incautos hijos de Marte
imprudentes amadores
la fortuna en sus favores
tal vez os pierde falaz.
Velad, velad.

El Ruisenior, paseando
de palma en palma su vuelo,
las selvas llena de amores
que léjos repite el eco.

Y el Gavilan entre tanto
desde sus rocas cayendo
se arroja sobre él: ¡ay triste!
que muere entre sus gorgéos.

Incautos hijos de Marte
 imprudentes amadores
 la fortuna en sus favores
 tal vez os pierde falaz.
 Velad, velad.

Yo he visto al Rey de las fieras
 que al cazador persiguiendo,
 llega al precipicio triste
 en falsas ramas cubierto.

Las huella, cae; y al instante
 por mas que ruja, indefenso,
 de su triunfante enemigo
 perece al tímido esfuerzo.

Incautos hijos de Marte
 imprudentes amadores
 la fortuna en sus favores
 tal vez os pierde falaz.
 Velad, velad.

Gonzalo admirado al oír su lengua,
 atento al sentido de las palabras,
 que se dirigian al parecer á
 él mismo, tiende la vista por la
 plaza inmensa en donde se elevaba
 el palacio, y descubre, á la claridad
 de la luna, un anciano, cuya

blanca barba baxaba hasta la cintura, vestido de cautivo, arrastrando la cadena de la esclavitud, huyendo de los moros atraídos por su voz.

Conmovido el corazón del héroe á la vista del anciano, baxa á la plaza, se acerca al cautivo, y le pregunta en castellano si la España es su patria. Español soy, responde el esclavo, pero nos observan, y no puedo hablar. Si Gonzalo ama á su patria; si quiere librarla de una horrible desgracia; que vaya al punto al jardín de las palmas.

El anciano le dexa y desaparece. Gonzalo queda inmóvil, y duda de lo que ha de resolver. Conoce la perfidia del Moro; se halla solo, desarmado, y en el silencio de la

noche : vacila si seguirá al esclavo que no conoce. ¿Cómo puede estar en sus manos la suerte de la España?... Pero el esclavo es un anciano , un Español , un infeliz: Gonzalo se resuelve, y confundiéndose entre la multitud del pueblo, se dirige al jardin de las palmas, parage solitario y desierto dentro de la misma ciudad.

El anciano le esperaba á la entrada , y apenas descubre al héroe, corre á él , se echa á sus pies : ¡ó gloria de mi patria! le dice casi faltar de aliento : valeroso hijo de mi señor! al fin salvaré vuestros preciosos dias! Perdonad mi alegría , y permitid que mis tiernas lágrimas bañen vuestras manos triun-

fadoras. Pero , vos me mirais con admiracion fria , miéntras que yo me sacio de la delicia de contemplaros. — ¡No podeis conocerme, amándoos por tanto tiempo! Yo soy Pedro , yo soy criado antiguo del Conde vuestro padre , á quien serví quarenta años : yo le seguí en mil batallas : yo os ví nacer Gonzalo , y os tuve en estos cansados brazos ; pero quando los Moros me cautiváron , aun estabais en la cuna. Veinte años hace que soy esclavo , y en tantos dias dolorosos, no ha pasado uno sin que Pedro vertiese lágrimas por la memoria de vuestro padre , sin que pidiese noticia de su digno hijo á los Españoles conducidos á estas mazmorras.

Ellos me han contado vuestras hazañas, y me han ayudado á soportar la vida. Al fin os veo, al fin beso los pies de Gonzalo, y voy á librarle de la muerte. ¡Loado seas Dios eterno! Este solo beneficio me hace olvidar todos los males que he padecido.

En diciendo esto, estrecha contra sus labios la mano del héroe, y Gonzalo enternecido le abraza, renueva la triste memoria de su padre, y pregunta á Pedro, qual es el peligro que le amenaza.

Señor, le dice el cautivo, yo lo sé por ellos mismos: esos monstruos han revelado delante de mí su horrible secreto. Condenado á trabajar en los jardines, descansaba

debaxo de una enramada de mosquetas quando el Rey , acompañado de su Visir , se paró en el mismo sitio. ¿Estás seguro , dixo el Monarca, que ese osado Castellano no escapará con la vida? Os lo juro por el Profeta , respondió el atroz Ministro : mil negros estan ya apostados en los dos caminos de la mazmorra : las puertas de Fez estan guardadas , y solo sus criados pueden penetrar en su palacio. La muerte cerca á Gonzalo , y dentro de pocos instantes pondré á vuestros pies su cabeza.

Temblando al oir estas horribles palabras ; pero animado por mi zelo , me resolví á salvar á mi señor. Dios sin duda ha guiado esta

difícil empresa. En las pocas horas que me quedaban he preparado vuestra fuga; y no pudiendo llegar hasta vos, mis acentos, en nuestra lengua, os han traído á mí. Lo demás está en vuestra mano, señor; pero yo os pido, yo os conjuro en nombre de nuestra amada patria, en nombre de vuestro augusto padre, que olvidéis un día, un solo día, ese valor intrépido que ahora os sería fatal. Abandonaos á mi fe, y seguid mis intentos: todos son lícitos para librarse de unos viles asesinos. Pero si mi ruego no os mueve, si vuestro valor os dicta arrostrar una muerte segura, inútil, funesta á vuestros hermanos y á vuestra pa-

tria , derramad primero la poca sangre que queda en mis venas , y así evitaremos los horribles tormentos á que me condenarán estos bárbaros , y el dolor profundo de sobreviviros algunos instantes.

El héroe le tranquiliza , y le promete seguir sus consejos. El anciano le guia dentro de un bosque solitario , adonde ocultaba un turbante , un vestido moro , y un alfange africano. Perdonad , le dice , perdonad ; pero solo esta vestimenta puede engañar los satelites que guardan las puertas. Rodeados de enemigos , distantes tres dias del mar , no podemos ir á buscar vuestro navío : estando vos libre , vuestros criados serán respetados , y

vuestra embarcacion los llevará á España. En quanto á vos, el engaño es indispensable, y si vuestro gran corazon lo repugna, pensad que vais á Granada, donde podreis mostrar Gonzalo á los Moros y á los Castellanos.

El héroe vacila, no obstante su promesa: teme empañar su frente ciñéndola con el turbante, y cree envilecerse disfrazándose con el vestido moro; pero instado de Pedro, cierto de que los caminos estan tomados, deseoso de volver á su patria, descubre en su rostro el rubor, y al fin cede. Oculta en el lienzo sus largos cabellos, vístese á lo africano sin perder el ayre guerrero, ciñe el alfange, y exâmina

su temple , y precedido del cautivo que le ha librado de la cadena , salen juntos del jardin de las palmas.

Sin ser conocidos ni observados, caminan á las puertas de Fez , pasando por enmedio de las guardias. Aceleran el paso , y en pocos instantes llegan á las orillas del Subu , donde encuentra Gonzalo una barca amarrada , en la que Pedro habia puesto una fuerte vela , y víveres abundantes , empleando en estos preparativos , la corta cantidad de oro que habia juntado en veinte años de esclavitud. El anciano dice á Gonzalo que entre en ella, y tomando alternativamente el remo y el timon , sus fuerzas se aumentan al mirar al héroe. Ayuda-

da de un zéfiro suave , vuela la barca sobre las rápidas olas. En doce horas llegan á la desembocadura del rio , entran en el vasto piélaggo , y en viéndose distantes de la tierra , el cautivo se arrodilla para dar gracias al Omnipotente , y corre á echarse á los pies de su señor , bañándolos con lágrimas de regocijo.

Poco tardaron en estar á la altura de Arraix , y de los deliciosos campos por donde el Lixos regaba en otros tiempos los amenos jardines que Hércules conquistó. Azilia edificada por los Fenicios , brilla y desaparece de sus ojos. Doblan el cabo Espartel , dexan á la derecha la antigua Tingis , donde reposan las cenizas de Anteo , y atraviesan-

do el estrecho, llegan á media noche enfrente del monte Calpe. Las estrellas despedían su lánguida luz por el sereno azul de los cielos, en tanto que las ondas reflexaban los plateados rayos de la luna. Gonzalo, sentado en la proa, descubre las orillas de España, y no pudiendo contener su alborozo, se levanta y exclama: ¡ Ó cara patria! ¡ Ó Lara! ¡ Llegó en fin el día de veros: de respirar en los mismos sitios en que respira la que adoro, entre mis animosos compañeros, cerca de mi Rey, debaxo de mis estandartes! ¡ Ó amor! ¡ Ó amistad! ¡ Ó virtud! todos inflamais mi corazón á la vista de estas hermosas orillas.

En esto el anciano le muestra los anuncios de una horrible tempestad. Las estrellas desaparecen, la luna pierde su luz, y apenas penetran sus rayos el oscuro velo que la rodea: el Mediodía arroja grupos de nubes, trono de las tinieblas: las aguas se agitan al soplo de un viente-tillo, que rápido huye de los impetuosos huracanes que le siguen: una profunda noche cubre las ondas: los relámpagos rompen las nubes: los truenos suenan á lo léjos. El ruido aumenta, los rayos se acercan, las ondas espumosas se agitan, los aquilones encontrados braman, las olas se elevan al cielo, y la barca ya suspensa sobre un monte de espumas, ya precipitada

en el abismo, toca en un mismo instante las nubes y las profundas arenas del mar.

Tranquilo en medio de la tempestad, Gonzalo anima al anciano, le da las esperanzas que no tiene, y le estrecha entre sus brazos. Pedro solo piensa en Gonzalo, y solo por él derrama copioso llanto. ¡Ó mi señor, exclama, al fin no pude salvaros, y la naturaleza entera se conjura contra un héroe! ¡Ó Gonzalo! si yo pudiese.... La tierra no debe de estar distante.... Venid, señor, yo os sacaré nadando á la orilla: Dios me volverá mis antiguas fuerzas; yo confio que no espiraré hasta dexaros sobre la arena.

En este instante la barquilla débil baxa de lo alto de una ola con la rapidez de una flecha, y corriendo un espacio inmenso se estrella contra un navío que corria la misma tempestad, deshaciéndose en mil pedazos. Gonzalo y Pedro tragan las amargas ondas; pero sin desampararse mutuamente, salen otra vez sobre las olas, se asen á un cable, suben por él, y saltan en el navío.

¡Qué espectáculo se ofrece á su vista! Al resplandor no interrumpido de los relámpagos, Gonzalo descubre una muger atada á un palo del navío, cubierto el rostro de lágrimas, esparcidos al viento los cabellos, cercada de soldados ne-

gros que la amenazan con las espadas, sin poder levantar las manos, ligadas con indignos lazos, la cabeza caída sobre las espaldas, los ojos fixos en el cielo, invocando con voz dolorida al Todopoderoso, para perecer entre las ondas, ántes de dexarla abandonada á aquellos crueles piratas.

Al oír aquellos acentos que traspasan el corazón de Gonzalo, al ver el rostro que descubrió un dilatado relámpago, el héroe sorprendido y fuera de sí, reconoce la que adora, la que vió en Granada, cuya imágen conserva en su corazón. Dudando todavía de su felicidad, corre, vuela á ella, quiere echarse á sus pies; pero el fu-

ror sofoca la alegría, y sacando el sable, rompe las cadenas de Zulema, sostiénela, prométela venganza, y amenaza con ojos airados á la tropa horrible que le rodea.

Los bárbaros, suspensos al principio, vuelven en sí, murmuran, y se irritan. El Etíope feroz que los caudilla, cubierta la cabeza espantosa de un turbante blanco, acomete á Gonzalo, y le hiere con el puñal. El héroe lo inmola de una sola cuchillada. Los clamores resueñan en todo el navío: los soldados y marineros unidos, blasfemando todos, armados de armas diferentes, arremeten todos á Gonzalo, llenando el ayre de espantosos ahullidos, al modo que sobre el Caucasó se

ve una nube de horribles cuervos acometer al paso á una águila que desprecia sola su vano furor.

Apoyado contra el palo mayor, sosteniendo con una mano la Princesa, y esgrimiendo con la otra la brillante espada, los espera el héroe sin temor. Caen á sus pies los primeros: los otros se estrechan y los reemplazan. Gonzalo acelera los golpes, y su alfange despide á lo léjos las armas, y los miembros dispersos: corren arroyos de sangre por el navío, y se mezclan y confunden los ayes de los heridos, los gritos de Zulema, y los clamores de los combatientes. El tumulto, la muerte, el terror, rodean por todas partes al héroe; y los relám-

pagos, las tinieblas, el rugido de los vientos, el estrépito de los truenos, aumentan el horror del sangriento combate.

Gonzalo, rodeado de enemigos, no puede parar todos los golpes. Atendiendo á Zulema mas que á sí propio, se descubre para preservarla, y recibe profundas heridas, poco atento á su defensa. El leal Pedro, peleando al lado de su señor, oye la voz de la Princesa que le advierte que ponga en libertad los prisioneros que gimen en el fondo del navío; y sin ser notado, corre, baxa, rompe las cadenas, y los cautivos ya armados, vuelan á socorrer á Gonzalo. Pedro llega, se pone delante de Zulema, y el

héroe ya libre, semejante al leon que rompió la cadena que le apri-
 sionaba, descarga, inmola, disipa
 la vil tropa de asesinos, los persi-
 gue hasta la popa, los estrecha en-
 tre la espada y las olas, les pre-
 senta por todas partes la muerte,
 y ayudado de los cautivos, obliga
 en fin al resto de la bárbara tro-
 pa á precipitarse en las aguas. El
 héroe vencedor, y casi moribundo,
 discurre por el navío, y no en-
 contrando mas enemigos, vuelve á
 la Princesa, va á hablar, y cae á
 sus pies sin aliento.

El mar estaba ya en calma, los
 vientos no agitaban las olas, y las
 nubes habian descubierto el bri-
 llante azul del cielo. Huyó la no-

che, y el oriente colorado de púrpura se inflamaba con los rayos del dia. El navío desamparado se mantiene aun sobre las aguas: sin velas ni timon, permanece inmóvil en medio de las ondas.

Zulema, el leal anciano, los cautivos que ha libertado, todos cercan á Gonzalo, y procuran volverle á la vida; pero todos sus anhelos son vanos. Gonzalo inmóvil yace al lado de sus víctimas, el rostro pálido, la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos al parecer cerrados con el sueño de la muerte. Pedro le levanta llorando: los cautivos de rodillas le sostienen: la Princesa aprieta entre sus manos las del héroe, despójase del

velo que la cubre, para detener la sangre que corria de las heridas, y contempla enternecida el rostro de su libertador.

Al fin Gonzalo entreabre los ojos, y los vuelve al punto á cerrar, despidiendo un profundo suspiro. Zulema y Pedro, llenos de regocijo, se entregan á la esperanza. Preparan prontamente un lecho para el héroe moribundo, prodigando los medios que pueden inventar el zelo, el reconocimiento, y la dulce amistad. Gonzalo recobra los sentidos, ve cerca de sí á la Princesa, y hace inútiles esfuerzos para hablarla. ¿Sois vos?... ¿Sois vos?... son las únicas palabras que puede pronunciar su boca. Zulema

le suministra una bebida para fortificarle, le entretiene con tiernos discursos, y deseosa de que el sueño repare las fuerzas perdidas, se retira con el anciano.

Los cautivos, que Pedro reconoce por Bereberes, exâminan el estado del navío. Del timon solo quedaban hastillas, los mastiles estaban sin velas, y las olas entraban en el buque. Pedro de lo alto de la tilla, descubre la tierra á corta distancia, y mostrándola á Zulema, anuncia que pueden abordar.

Apresuraos, dice la Princesa, pues si mis ojos no me engañan, estamos cerca de Málaga: entrad seguros en la rada en donde se obedecen los preceptos de la hermana

del Rey de Granada , hija de Muley-Hassem. En aquel palacio que se descubre en medio de esa selva, recibiré al héroe á quien debo la vida , en donde espero satisfacer el reconocimiento tan caro á mi corazón. Pero libradme de mi impaciencia , y decidme ¿quién es este generoso guerrero? ¿Es por ventura algun Príncipe, algun Rey de Africa? ó si doy crédito á mi imaginacion , es el mayor de los mortales.

El prudente anciano que la escucha , se enternece al considerar el peligro en que se ve su señor , y querria huir de aquella tierra enemiga en donde los Castellanos solo encuentran cadenas , en donde el nombre famoso de Gonzalo ha de

excitar á la venganza un pueblo á quien venció tantas veces ; pero el pronto socorro necesario al héroe, el deplorable estado del navío, la presencia de los Bereberes á quienes había puesto en libertad, le obligan á obedecer. Titubea, reflexiona sobre lo que ha de responder á la Princesa, y sonrojado de engañarla, la dice : no errais en creer que este héroe venia de Africa : el nacimiento mas ilustre es la ínfima de sus qualidades. Émulo de las hazañas de tantos guerreros como se han distinguido en el sitio de Granada, venia á esta ciudad para vencerlos ó eclipsarlos. La tempestad rompió su navío, y el vuestro nos ha servido de asilo. Lo demas ya

lo sabéis, y vuestro corazón sensible os dirá mejor que yo, sin duda, los deberes que teneis que cumplir.

Calló; Zulema suspira, y cree que Gonzalo viene á socorrer á su patria, aumentándose de este modo su reconocimiento. Su imaginacion vuela, y piensa que un guertero igual será el libertador de Granada, y podrá defenderla de los que la persiguen. Las hazañas que ha hecho en su favor, las pocas palabras que ha pronunciado, la mano que apretaba la suya durante el combate terrible, todo se pinta en su memoria, causándole secreta alegría. Zulema suspensa, experimenta una dulce sensacion

que no puede explicar, y sin atreverse á dar asenso á sus ideas, concibe lisonjeras esperanzas.

En tanto el navío se acerca, y da fondo en la rada. El pueblo que habia acudido al puerto, reconoce á la Princesa, y la saluda con festivas aclamaciones. Miéntras conducen al héroe, Zulema no se aparta de él, y manda llamar dos ancianos célebres en el arte de curar las heridas, á quienes confia su libertador, y rodeado de los presos que libertó su valor, sobre las espaldas de los esclavos, los guia ella misma hácia su palacio.

FIN DEL LIBRO I.

SUMARIO DEL LIBRO II.

Tiernos sentimientos de Zulema, quien cree ser Gonzalo un Príncipe africano. — Zulema le cuenta el origen de las desdichas de Granada. — Describe esta soberbia ciudad, el pais delicioso que la rodea, las costumbres y amores de los Moros, y el reynado de Muley-Hassem. — Descripcion de la Alhambra y de Generalife. — Carácter de los Abencerrages y Zegries. — Divisiones entre ámbas tribus. — Muley-Hassem ama á una cautiva. — Pintura de Almanzor y Boabdil. — Himeneo de Almanzor con Moraima. — Fiestas en Granada. — Juegos de los Moros. — Traicion de los Zegries. — Proclaman Rey á Boabdil. — Fidelidad de los Abencerrages. — Muley-Hassem cede la corona á su hijo.

SUMARIO DEL LIBRO II.

TERNOS sentimientos de Nalams.
 unen este ser Gonzalo un Principado ari-
 Gato. — Alienta la cuenta el origen de
 las historias de Gando. — Describe
 esta soberbia ciudad, el país delicioso
 que la rodea, las costumbres y amores
 de los Moros, y el reyado de Alay-
 Hassam. — Descripción de la Alhambra
 y de Generalife. — Carácter de los Aben-
 cerages y Zegies. — Divisiones entre
 ambas tribus. — Muley Hassam, uno de
 sus caudillos. — Pintura de Almanzor y
 Boabdil. — Tránsito de Almanzor con
 Moravia. — Batallas en Gualda. —
 Juegos de los Moros. — Tránsito de los
 Zegies. — Profecía de Rey a Boabdil. —
 Rebelión de los Aben-
 sey Hassam cede la corona a su hijo.

LIBRO II.

¡Quán dulce es á un corazon generoso la necesidad de amar el objeto amado, y satisfacer á un tiempo su terneza y su virtud! El reconocimiento solo, tan caro á los corazones grandes, basta para su felicidad; pero quando el ídolo en quien se emplea, le enlaza por otros motivos, juntándose una delicia interior á la tierna impresion que dexan los beneficios, no hay felicidad capaz de igualar á la de estos dos sentimientos: nada puede equivaler á la feliz armonía de un de-

leyte puro y un deber sagrado.

Tal era la felicidad de que gozaba Zulema. En llegando con el héroe á su retiro pacífico, lo coloca en el mejor aposento, y pensando solo en él, pregunta continuamente á los ancianos, busca por sí misma los simples que le indican, y los prepara con sus propias manos. La debilidad impide á Gonzalo el demostrar la emoción de su espíritu; pero las lágrimas del regocijo corren por sus mexillas, estimando y bendiciendo sus heridas, deseando en su corazón que se dilatase la cura.

Los doctos ancianos quitan los primeros vendajes, y Zulema, embargado el aliento, fixando en sus

ojos los suyos , manifiesta en el rostro el temor y la esperanza , sin atreverse á instarles á que se expliquen , temiendo y deseando que hablen ; pero sabedora ya de que la vida del héroe no peligrá , apénas puede reprimir el contento , prodigando presentes , promesas y dádivas. Penetrada de un sentimiento , que confunde con la gratitud , manifiesta descubiertamente la alegría , que mira como un deber.

Fortalecido Gonzalo con tan tiernas caricias , puede en fin hablarla , y mirándola con ojos enternecidos , levantando hácia ella sus trémulas manos , le dice con voz débil : ¿ por qué os dignais de salvar mi vida ? Si no he de poder consagrarla en-

teramente á vos, dexadme, dexadme morir.

Gonzalo no osa proseguir; pero la Princesa entiende su silencio, y enternecida baxa los ojos, procura ocultar la turbacion, cubriendo de risa su semblante, le habla de su valor, le nombra su libertador, y le recuerda lo que le debe para justificar lo que siente.

El fiel Pedro no se aleja de su señor, y le instruye secretamente del nombre y clase de la que ha salvado, de los parages que habita en su compañía, y del error en que está Zulema, creyéndole algun Príncipe africano. El héroe vitupera el misterio, y su corazon no puede sufrir tal engaño, queriendo

descubrirlo al momento; pero Pedro le conjura, le suplica de no exponerse al furor de un pueblo enemigo, que Zulema no podría reprimir. Los riesgos que amenazan su vida no le intimidan; pero cede al hablarle de los tormentos, á que se veria expuesto su antiguo y leal servidor.

Pasados algunos dias en la asistencia y auxilio de los ancianos, la Princesa refiere á Gonzalo el estado en que se hallaba Granada, las turbulencias que la habian agitado, y los crímenes del Rey Boabdil. Sentada junto al lecho del héroe, que cree nacido léjos de España, se ofrece á contarle las divisiones y las desdichas de que fué

testigo. Gonzalo con agradable y risueño semblante pide saber la historia en que ha de estar interesada Zulema, y la hermosa Mora comienza sin tardanza.

No ignorais, le dice, la grandeza y gloria á que se elevó, casi en su principio, el imperio de los Árabes en España. Los Christianos, vencidos por nuestros valerosos abuelos, y acosados de nuestras armas triunfantes, no encontraron otro asilo que las montañas de Asturias. Ocultos en ellas por espacio de muchos siglos, las desgracias aumentáron sus ánimos, en tanto que la prosperidad nos corrompia. Nuestros Reyes se hicieron tiranos, mientras los Reyes Chris-

tianos eran héroes. Salen en fin de sus hogares , acometen á sus vencedores , y aprovechándose de las guerras intestinas de nuestros varios Monarcas , no dexáron á los antiguos conquistadores , mas que los estados de Granada.

Esta célebre capital , edificada al pie de nevados montes , se levanta sobre dos colinas , enmedio de un pais lleno de encantos. El Darro , cuyas rápidas ondas pasean el oro sobre sus arenas , atraviesa la ciudad entera : Xenil , cuyas aguas saludables son las delicias del ganado , viene á rendirle copioso tributo : por todas partes la rodea una vega deliciosa , en donde crecen casi sin trabajo las abundantes mieses , los

bosques de naranjos, los olivos mezclados con las viñas, las palmas entre las encinas: canteras inagotables de jaspes, mármoles y alabastros, son el ornamento de los soberbios alcázares, y de los edificios magníficos, que se han multiplicado en la ciudad: surtidores innumerables refrescan el ayre que se respira, hermosean las plazas inmensas, en donde diariamente viene á exercitarse la juventud belicosa; y los jardines cubiertos de flores, llenos siempre de la sombra de los granados, los cedros y los rosales, forman de la ciudad mas hermosa, la mayor capital de los imperios.

sol Centro de todas las fuerzas y de

todo el poderío de los Moros , allí se elevó el templo de nuestras ciencias y artes. Desde los confines del Asia , desde las orillas del Nilo, del pie del Atlas , los Reyes, los guerreros y los sabios , venian á Granada á tomar los exemplos y las luces. Las guerras freqüentes con una nacion animosa , leal y generosa, mantenian entre el Árabe y el Español , la emulacion continua de gloria. La juventud mora , inclinada naturalmente al amor , habia olvidado las máximas bárbaras del oriente , aprendiendo de sus enemigos aquel profundo respeto, la tierna veneracion , la constancia eterna, que dominan los corazones de los amantes Españoles , les presentan el

objeto adorado como el Dios de sus acciones, los hacen superiores á sí mismos, dándoles todo género de virtudes, fáciles ya por la esperanza de agradar. Las mugeres, orgullosas con su imperio, lo merecian para conservarlo. Engrandecidas á sus propios ojos con la ofrenda pura que tributaban á su belleza, procuráron hacerse dignas del tributo precioso que les ofrecian. Incapaces de una flaqueza que les costaria su felicidad, eran castas para ser amadas, y fieles para permanecer dichosas.

Tal era esta Corte brillante, asilo halagüeño del amor, de las bellas artes y de la urbanidad, quando mi padre Muley Hassem, jóven to-

avía, subió al trono. El nuevo Rey, dotado de todas virtudes, las hizo mas comunes y mas caras á su nacion con su exemplo. Famoso ya por su valor, tomó la ciudad de Jaen, y forzó al altivo Castellano á firmar una paz duradera. Entónces volvió toda su atencion á su pueblo, y nuestro gobierno despótico, tan funesto en tiempo de otros Monarcas, fué para mi padre el medio mas seguro de hacer felices á sus vasallos. Los Grandes del imperio conocieron por fin que estaban sujetos á su justicia, y que esta era igual para todos: el labrador, oprimido hasta entónces, recogia en paz sus mieses: los gana-

dos cubrían nuestras verdes montañas: los árboles y las plantas útiles se multiplicaron en los campos: la tierra, tan fecunda en estos climas, ostentaba en todas partes sus tesoros; y el reyno de Granada, favorecido por la naturaleza, gobernado por un Príncipe sabio, cultivado por manos laboriosas, parecía un vasto jardín, cuyos frutos apenas podía consumirlos una innumerable familia.

Después de haber cimentado la felicidad de sus pueblos, enriquecido mi padre con la abundancia de que gozaban sus vasallos, quiso distraerse con las artes, empleándolas en su gloria. Las mezquitas reves-

tidas de mármol, los aquüeductos de granito, se levantaban por todas partes. El famoso palacio de la Alhambra, empezado por Emir-Almunenim, lo acabó Muley-Hassem, superando este monumento de magnificencia los prodigios de la imaginacion. Millares de columnas de alabastro sostienen inmensas bóvedas, cuyos muros cubiertos de pórfido, resplandecen con el oro y el azul: las aguas de mil fuentes, formando en medio de los aposentos, cascadas de plata líquida, llenan los canales de jaspe, serpenteando por las galerías: el dulce perfume de las flores se mezcla con el de los aromas, que arden continuamente

en los subterráneos, y exhalándose por los pedestales de las columnas, embalsaman el ayre que se respira: las claraboyas que miran á la ciudad, á las risueñas orillas de ámbos rios, á los montes nevados, ofrecen á los ojos, continuas, admirables y variadas pinturas. Quanto halaga los sentidos, quanto el arte y la naturaleza, la magnificencia y el gusto pueden reunir para el deleyte, se encuentra en esta bella mansion, unido á las grandes obras que embelesan el entendimiento. Al lado de las bulliciosas aguas, enmedio de suntuosas esculturas, estan grabados sobre pórfido, los versos de nuestros poetas Árabes. Encima

de la puerta del inmenso salon, donde administra justicia nuestro Rey, se lee esta inscripcion.

Palidece, ó Maldad: dó quier que huyas
allí te seguiré. Con paso lento
en pos va del delito el escarmiento.

Ven, llega sin temor, huérfano triste,
que aquí te espera el padre que perdiste.

Á la entrada del aposento, en donde la Reyna junta las bellezas de su Corte, y los guerreros de nuestro ejército, se ven grabados, en letras de oro, estos versos.

El amor, honor y gloria
aquí entre inocentes juegos
nacen, y el pudor hermoso
les da regalados premios.

No cuesta aquí la inocencia
el favor mas lisonjero;
ni en el amor hay flaqueza,
ni furor en el guerrero.

Basta al valor la viétoria,
 y á los corazones tiernos
 basta en amorosas lides
 poder triunfar complaciendo.

Á este delicioso palacio le rodea
 un jardin ameno, que por su sencillez agradable compite con el lujo de aquel: tal es el famoso Generalife, célebre en el Africa y el Asia, objeto de emulacion de los poderosos Califas, que en el Cayro y el Bagdad han procurado igualarle. Allí nada sorprehende: los ojos satisfechos no encuentran ni los esfuerzos del arte, ni los maravillosos prodigios, que agradan ménos que admiran, recordando solo la idea del poder y la riqueza. Todo ofrece la imágen de aquellos bienes fáciles, que se gozan sin ad-

mirarlos : los bosques de naranjos y mirtos cortan los verdes llanos, regados de transparentes aguas ; y colocados con arte , ora ocultan, ora descubren las perspectivas distantes, los pueblos comarcanos, los campos cultivados y la nieve acumulada sobre dos montes, los palacios y monumentos del Granada : á cada paso, sobre las colinas fértiles, se encuentran las viñas, los olivos, los granados entrelazando sus frutos y sus flores ; ya una armoniosa cascada se precipita de lo alto de una roca, ya un arroyuelo tranquilo sale murmurando al pie de los rosales : aquí hay una gruta solitaria por donde se filtran mil hilos de agua cristalina, allí un bosque som-

brío en donde vuelan mil canoros Ruiseñores ; y en todas partes un aspecto diferente, una situación nueva ; producen en el alma sentimientos dulces y placer puro.

En este hermoso y soberbio asilo , reynó feliz por largo tiempo mi padre Muley-Hassem ; pero el odio de las dos tribus llenó sus dias de amargura , llevando al fin su imperio á las márgenes de su ruina.

Ya sabeis que los Moros , aunque juntos forman una nacion , han conservado las costumbres patriarcales de los Árabes nuestros abuelos. Las familias no se confunden , sino que cada una es una tribu mas ó ménos poderosa , por su número , sus esclavos y sus riquezas ; cu-

Los miembros unidos se miran como hermanos, se ayudan mutuamente, marchan juntos á la guerra, y no separan nunca sus bienes, sus intereses ni sus resentimientos.

Entre estas tribus, la mas belicosa, la mas ilustre y mas estimada es la de los Abencerrages, descendientes de los antiguos Reyes, que reynáron en el Yemen; de prendas superiores á su noble origen, invencibles en los combates, dulces y clementes en la victoria, siendo la delicia y ornato de nuestra Corte con sus gracias y sus talentos. Los Españoles los respetan, y les prodigan su amor por la bondad y los beneficios de que colman á los cautivos: sus inmensas rique-

zas fuéron siempre el patrimonio de
 los pobres: en las batallas, en los
 torneos, en los juegos, el premio
 del valor y la destreza perteneció
 siempre á los Abencerrages. Jamás
 se vió un vil, cobarde en esta cé-
 lebre tribu; jamás un amigo falso,
 un esposo infiel, un amante péfi-
 do, ha marchitado la gloria de esta
 ilustre familia. Sus únicos rivales en riquezas, y
 tal vez en valor, son los famosos
 Zegries, descendientes de los Mo-
 narcas de Fez. Á pesar de mis jus-
 tos resentimientos contra esta tribu
 criminal, no pretendo ocultar á
 vuestros ojos el resplandor de las
 acciones que los han distinguido. Su
 valor invicto ha asolado repetidas

veces las tierras de los Castellanos,
 adornando nuestras mezquitas sus
 manos victoriosas con los estandar-
 tes enemigos; pero el furor y la
 sed de sangre deshonoró tan glorio-
 sas hazañas. Nunca los Zegries tu-
 vieron un cautivo: los vencidos pe-
 recen á sus manos: ni la amistad, ni
 el amor suavizaron nunca su fero-
 cidad. Desdeñando con orgullo las
 qualidades amables del corazon, las
 gracias y los talentos de entendi-
 miento, que estimamos en nuestra
 Corte, reputan por flaqueza la dul-
 ce sensibilidad. Soberbios, turbu-
 lentos, feroces, su gusto es el tea-
 tro de la muerte; y sin saber mas
 que pelear y vencer, desprecian
 las demas artes.

Una violenta envidia los animaba tiempo habia contra los generosos Abencerrages, viéndose muchas veces las dos valerosas tribus á punto de venir á las manos. La autoridad de Muley Hassem pudo sola contenerlos; pero su odio era público, y las principales familias de Granada habian abrazado uno ú otro partido: los Almoradies y Alabezes sostenian la causa de los Abencerrages: los Gomeles y los Vanegas defendian la de los Zegries: las demas tribus mas obscuras habian imitado este exemplo: la Corte y la ciudad estaban divididas, y mi padre temblaba, temiendo á cada instante el ver á Granada inundada de sangre.

El alma noble y tierna de Muley-Hassem , no estuvo vacilante acerca del partido que debía proteger. Sus propias virtudes le arrastraban involuntariamente hácia los Abencerrages ; pero esta preferencia , imposible de disimular , daba nuevo pábulo al odio de sus enemigos. Muley lo conoce ; y para aplacar el descontento de los Zegries con algun honor señalado , toma esposa de aquella tribu , y la hija de Almadan , Aixa , fué Reyna de Granada. Aixa era hermosa ; pero la insensibilidad y el orgulo , que heredó de su familia , eclipsaban el resplandor de su belleza. Mi padre , no pudiendo amarla , se vió precisado á repudiarla , despues

de haber tenido de ella un heredero del trono, el fogoso Boabdil, que ahora reyna en Granada, cuyo natural temible no tardareis en conocer.

El Rey, desgraciado en su hincamiento, no quiso volver á sujetarse á su coyunda, imposibilitándolo mas para ello, el amor ardiente que tenia á una cautiva española. La hermosa Leonora habia aprisionado su corazón; pero fiel á la religion de sus padres, sin esperanza ni deseo de reynar entre los Musulmans, estimaba las prendas y no el poder de Muley; y llorando muchas veces con él las desgracias que traen consigo el reynar, le consolaba de los disgustos del trono, de

la fatiga de las ofrendas, y de la vació
 que dexa la grandeza, y calmaba
 aquella pena interior, aquellas de-
 sazones dolorosas, que experimentan
 los que estan condenados á vivir sin
 amigos.

El primer fruto de su amor fué
 el generoso Almanzor, aquel que
 defiende hoy á Granada, y cuyas
 hazañas habrán sin duda llegado á
 vuestros oídos.

— ¿Le conozco? responde prontamente
 Gonzalo; conozco ese valero-
 roso guerrero. ¿Dónde no habrá lle-
 gado el nombre del virtuoso Al-
 manzor, la mas firme columna de
 vuestro imperio, la gloria y mode-
 lo de vuestra Corte? ¿Quién ignora
 que ese Príncipe tan temible en las

batallas , inspira á sus mismos enemigos la admiracion y el respeto, lazos eternos, que á pesar de la guerra , unen todas las almas grandes? Mi corazon lo venera , y de todos vuestros Moros solo de él deseo ser émulo , solo á él quisiera igualar , pues superarle es imposible.

La Princesa escucha con regocijo el elogio de su adorado hermano , y mostrando á Gonzalo su agradecimiento en su risueño semblante, continúa su discurso.

Yo fuí la última prenda de amor que el Rey recibió de Leonor. Jamas hubo madre tan tierna que hiciese tanto por su amada hija. Sus pechos me alimentáron , y sin que-

rer confiar á nadie el cuidado de mi infancia, dirigió sola mi educación. Al pensar en aquellos apacibles dias, pasados en el seno de mi madre, apénas puedo contener las lágrimas. Mi hermano Almanzor nos acompañaba, y hallándose con algunos años mas que yo, me explicaba las lecciones que aun no eran para mis alcances, enseñándome lo que él habia aprendido: yo le escuchaba con reconocimiento, y sentia dentro de mí aquel respeto tierno y confiado, que todavía se conserva en mi corazón. Muley venia repetidas veces á tomar parte en nuestros juegos, olvidando entre nosotros los disgustos que le causaba Boabdil; y mi tierna madre

encontraba su mayor felicidad, quan-
 do el Rey á quien adoraba, la vi-
 sitaba en su retiro, y apretaba sus
 queridos hijos entre sus patérnales
 brazos. Por desgracia, este feliz tiempo
 fué de corta duracion. El Español
 entró por nuestras fronteras; y mi
 hermano, estimulado de la gloria,
 nos dexa y vuela á la batalla, sin
 que su valor y sus heróycas ha-
 zañas nos consolasen de su ausencia.
 Siempre que salia triunfante, venia
 á ofrecernos sus laureles á su madre;
 pero al punto volvian á dexarnos.
 Yo misma me ví precisada á mos-
 trarme en la Corte, á vivir en me-
 dio del tumulto, y suspirando por
 aquellos tranquilos años, consagra-

dos únicamente á la ternura, y muy presto otras penas mas amargas me prepararon mis desdichas.

La parca arrebató á mi madre, espirando en mis brazos, despues de haber padecido largo tiempo. ¡Ó madre! ¡Ó tierna y cariñosa madre! Jamas te apartarás de mi memoria triste. Aún suenan en mis oidos las últimas palabras que dixiste á tu desgraciada hija. Dirige, ó dulce madre, dirige mis pasos desde lo alto del cielo. No, tu hija no ha faltado á la promesa que hizo en tus moribundas manos: sea del mismo modo fiel á los deberes que me enseñaste, é inspira en este corazon, donde habitas, las virtudes de que me diste el exemplo.

El llanto no la dexa proseguir, cubriendo el rostro inundado en lágrimas, con sus hermosas manos. Gonzalo, tan enternecido como Zulema, la contempla atento, y el respeto que le inspira su dolor, no le permite interrumpir el piadoso silencio. Al fin la Princesa vuelve á hablar, procurando afirmar su trémula voz.

El Rey quedó desconsolado, y solo mi hermano y yo pudimos hacerle soportable la vida sin su Leonor. Almanzor que se hallaba en el ejército, volvió lleno de dolor á mezclar sus lágrimas con las de un padre que no le permitió separarse de él. Boabdil, ocupado largo tiempo habia en sus criminales pro-

yectos, se aprovechó de esta ausencia para ganar los ánimos de los soldados. Á los dones de la naturaleza, unia Boabdil el valor héroyco, que tan bien sienta á un Príncipe jóven, y la prodigalidad, grata á los cortesanos: qualidades convenientes para deslumbrar al pueblo. ¡Oxalá que yo pudiese ensalzar otras virtudes de Boabdil! pero la falsa adulacion corrompió su juventud, persuadiéndole desde la temprana edad que no habia mas deberes que los que se debian á su clase. Creyéndose superior á las leyes, porque no estaba sujeto á sus penas, no veia que el castigo mas terrible, el odio y el desprecio público, son el suplicio de los gran-

des , á quienes ellas no alcanzan. El hábito de satisfacer sus pasiones las transformó en vicios , y pronto perdió el remordimiento , último amigo de la virtud , pasando rápidamente de los placeres á los excesos , de los excesos á los crímenes. ¡ Miserable suerte de un Príncipe , cuya vida entera depende de la elección de sus primeros amigos !

Boabdil se entregaba sin reserva á los Zegries , quienes deseaban con ansia ver , sobre el trono , un Monarca de su estirpe , y buscaban los medios de renovar los exemplos , tan comunes entre nosotros , de padres destronados por sus hijos , de Reyes depuestos por sus vasallos. Sus designios impios de ganar el exér-

cito, no encontraron obstáculo sino en los Abencerrages. Estos fieles guerreros advirtieron de ello á Muley, y mi padre partió al punto, se mostró á los soldados, y su presencia restableció el buen orden; pero el mal habia echado raices tan profundas, que la menor centella debia producir súbitamente un incendio voraz. El Rey, rezeloso de un hijo ingrato, que no se atrevia á castigar, hizo tregua con el Español, y desconcertó á los Zegries, licenciando el ejército.

Vuelto á la capital, Muley procuró apaciguar los ánimos, y disipar las facciones de su Corte, dando mas noble pábulo á aquella fogosa inquietud, á aquella incons-

fancia perenne , características siempre de la gente mora : las fiestas, los torneos , los juegos tan frecuentes en otro tiempo en Granada , se renováron por sus órdenes. Entregado al profundo dolor , llorando siempre su amada Leonor , se negaba su corazon á tales regocijos; pero su sabiduría quiso dar ocupacion á la juventud belicosa , y evitar la guerra civil, cuyo solo pensamiento estremecía su corazon sensible y paternal.

El casamiento de mi hermano dió motivo á las fiestas. Largo tiempo habia que el animoso Almanzor ardia por la hermosa Moraima , de la tribu de los Abencerrages. Moraima amaba á Almanzor. ; Y quién

no hubiera aceptado la ofrenda del mas valiente , mas virtuoso de los Príncipes! Moraima consulta á su madre , confiándole el secreto , y ella le permite declarárselo á su amante. Desde entónces la tierna Moraima no respira , ni vive sino por el héroe , dueño de su corazón. La mas leve sospecha , el mas ligero enojo no turbó jamas sus constantes amores. Seguros el uno del otro , penetrados ámbos de una passion fundada en la recíproca estimacion , ciertos de que el universo se aniquilaria , ántes que hubiese mudanza en ninguno de ellos , esperaban el himeneo con aquella dulce impaciencia que templa la felicidad presente. No ignorando que

llegarian á ser mas felices , se contentaban con esta esperanza , con verse todos los dias , con hablar de sus tiernos afectos , con animarse mutuamente á seguir la virtud. Tan dulces les eran estos placeres , que sus almas castas y puras no imaginaban otro ninguno que pudiese excederlos.

El Rey quiso unirlos , y mostrar en este himeneo toda su magnificencia. Moraima , cubierta de un velo lleno de perlas , vestida de tela de oro sembrada de preciosas piedras , sale por la ciudad segun el uso de nuestra nacion , sobre un soberbio caballo , acompañada de tropa de mugeres. La música la precede , siguiéndola multitud de

esclavos , que llevaban en azafates guarnecidos de flores , los texidos de Persia , los velos de la India , los ricos adornos de la nueva esposa. De esta manera se trasladó á la mezquita , donde la esperaban los Abencerrages. Almanzor vino acompañado de mi padre , rodeado de una espléndida Corte , eclipsando á los demas guerreros su estatura , su aspecto , su gallardía , y aquel ayre de magestad y bondad , que indica la feliz tranquilidad de que goza un alma grande.

El Iman invoca al Profeta , y el pueblo responde con aclamaciones en favor de los nuevos esposos. De allí los conducen , al son de atabales y chirimias , al palacio de la

Alhambra , exhalándose exquisitos perfumes al rededor , durante la marcha. Doce doncellas vestidas de blanco precedian á la hermosa Moraima , y doce mancebos coronados de rosas marchaban delante de Almanzor. Ambas tropas esparciendo flores sobre el camino , cantaban estas palabras :

AMBOS COROS.

Amor , Amor , descende
y al Himeneo tu querido hermano
la hacha inmortal enciende.
¡O fecundo consuelo
del hombre! de tu asiento soberano
baxa en rápido vuelo
riendo con la cándida inocencia.
Todo florece ; el ayre se embalsama,
¿quál encanto , cuál Dios el pecho inflama?
Amor! ¡oh! ¡salve, Amor! es tu presencia;
¡salve! Escuchó nuestro feliz deseo:
cantemos el Amor y el Himeneo.

CORO DE MANCEBOS.

Cantad, la frente hermosa
 de azucenas y rosas coronando,
 á la tímida esposa.
 Su virtud, sus amores,
 Doncellas del Xenil, dulces cantando,
 al cielo sus loores
 alzad: vosotras de su pecho ardiente
 los secretos guardais. Vírgen un día,
 los juegos y el placer con vos partia,
 y sus deseos os fió inocente.
 ¿Callais? ¿quál pena vuestro pecho anida
 que inunda en llanto vuestra faz caída?

CORO DE DONCELLAS.

Pudorosa y amante,
 en nuestro coro virginal brillaba
 qual la palma triunfante
 á par de humilde helecho.
 Tierna, modesta, la virtud dictaba
 en su sencillo pecho
 el inocente amor que en este día
 premia Himeneo. ¡Día malhadado!
 ¿y la arrancas por siempre á nuestro lado,
 á nuestras inocencias y alegría?
 ¡Ah! mas valiera libertad gozosa
 que de Himeneo la cadena hermosa!

CORO DE MANCEBOS.

El Ruiseñor que ahora
 repite sus querellas amoroso
 del ocaso á la aurora,
 algun dia contento
 su dulce libertad cantó orgulloso.
 Amor le oía atento,
 y en su pecho infantil adormecido
 crece con él, qual encubierta llama.
 Sopla la juventud; Amor le inflama,
 y á Dios libre reposo, ántes querido!
 á Dios! mas vale esclavitud amada,
 que estéril libertad desesperanzada.

AMBOS COROS.

Amor, Amor, descende
 y al Himeneo tu querido hermano
 la hacha inmortal enciende.
 ¡O fecundo consuelo
 del hombre! de tu asiento soberano
 baxa en rápido vuelo
 riendo con la cándida inocencia.
 Todo florece; el ayre se embalsama,
 ¿quál encanto, quál Dios el pecho inflama?
 Amor! ¡oh! ¡salve, Amor! es tu presencia;
 ¡salve! Escuchó nuestro feliz deseo:
 cantemos el Amor y el Himeneo.

CORO DE DONCELLAS.

Huyéron ¡ay! huyéron
 para siempre los días que á su lado
 en delicias nos viéron.
 Ya nos será la vida
 eterna soledad y desagrado.
 Ella, en tanto, querida
 vivirá para amar. ¡Ay! imitemos
 sus virtudes: tal vez tan virtuosas
 nos veremos, qual ella, venturosas,
 y algun digno mortal... ¡Ah! no hallaremos
 jamas otro Almanzor. ¿Quándo Natura
 unió á tanto valor tanta ternura?

CORO DE MANCEBOS.

Dulce, respetuoso
 en sus cariños, en el Marcio duelo
 su brazo impetuoso
 muerte, pavor, congoja,
 qual rayo ardiente en africano suelo,
 irresistible arroja.
 Vence; y triunfa de nuevo perdonando.
 ¿De dó tanta virtud? De sus amores.
 Sed Moraimas, serémos Almanzores:
 que en ricos frutos se hermosea amando
 la higuera ya feliz, que, ántes cercada
 de estéril soledad, fué desamada.

AMBOS COROS.

Amor, Amor, desciende
 y al Himeneo tu querido hermano
 la hacha inmortal enciende.
 ¡O fecundo consuelo
 del hombre! de tu asiento soberano
 baxa en rápido vuelo
 riendo con la cándida inocencia.
 Todo florece; el ayre se embalsama,
 ¿quál encanto, quál Dios el pecho inflama?
 Amor! ¡oh! ¡salve, Amor! es tu presencia;
 ¡salve! Escuchó nuestro feliz deseo:
 cantemos el Amor y el Himeneo.

CORO DE DONCELLAS.

Vivas, Moraima tierna,
 vivas dichosa de tu esposo al lado
 en primavera eterna.
 Cada naciente aurora
 te preste un nuevo amor y un nuevo agrado;
 y, siempre encantadora,
 mas bella cada vez te halle tu esposo.
 Fecunda oliva, tus hermosos hijos
 siembren con sus pueriles regocijos
 tu juventud de plácido reposo;
 é, imagen paternal, allá en tu invierno
 cierren tus ojos en el sueño eterno.

CORO DE MANCEBOS.

Por siempre afortunado
 viva Almanzor en brazos de su esposa.
 Volviendo coronado
 de la batalla impia
 una nueva virtud y gracia hermosa
 en Moraima le ria;
 y en candor infantil sus hijas bellas
 su faz halaguen con la débil mano.
 Tímidas crezcan; y el Xenil ufano
 la imágen maternal retrate en ellas,
 y, madres faustas, en su prole hermosa
 vea muriendo renacer su esposa.

AMBOS COROS.

Amor, Amor, desciende
 y al Himeneo tu querido hermano
 la hacha inmortal enciende.
 ¡O fecundo consuelo
 del hombre! de tu asiento soberano
 baxa en rápido vuelo
 riendo con la cándida inocencia.
 Todo florece; el ayre se embalsama,
 ¿quál encanto, qué Dios el pecho inflama?
 Amor! ¡oh! ¡salve, Amor! es tu presencia;
 ¡salve! Escuchó nuestro feliz deseo:
 cantemos el Amor y el Himeneo.

Muley-Hassem habia destinado la mañana del siguiente dia para nuestros juegos nacionales, la sortija y las cañas. Previniéronse todos los guerreros, prodigando sus tesoros para distinguirse en armas riquísimas y en soberbios caballos. Las bellezas de la Corte, ansiosas por ver á sus amantes vencedores, les envian lazos y divisas, y muchas les demuestran sus tiernos afectos por la primera vez, esperando animarlos de este modo, sacrificando su propio orgullo.

Apénas habia el sol dorado las torres de los palacios de Granada, quando una inmensa multitud, mezclada con los forasteros, que la noticia de las fiestas habia atraído,

ocupa las gradas que se habian colocado en la plaza de Vivarrambla. En el medio de este vasto recinto, en donde pueden ponerse en batalla veinte mil guerreros, se elevaba una vistosa palma, cuyo tronco era de bronce, y las ramas de oro, compitiendo en ella la escultura con la riqueza. Una paloma de plata, posada sobre una de sus ramas, la inclinaba hácia el suelo con su peso, y sostenia la sortija, objeto de la conquista. Al pie de la palma se veia el circo destinado para los Jueces, los timbales é instrumentos, que habian de anunciar la victoria. El Rey, la familia Real y la Corte, tenian preparados varios balcones, colgados de telas preciosas,

con pavellones magníficos ; y una infinidad de ventanas adornadas con guirlandas , y llenas de doncellas moras , formaban al rededor de la plaza un espectáculo brillante y ameno.

Los Jueces habian ya ocupado sus lugares , quando Muley llegó con toda la pompa del trono , llevando de la mano á Moraima , que deslumbraba con la multitud de diamantes con que venia adornada. El pueblo seducido secretamente por los pérfidos Zegries , no prorrumpió , al ver á su Monarca , en aquellas aclamaciones de amor y alegría que habia acostumbrado hasta entónces. El alma de Muley quedó penetrada de dolor ; y no pudien-

do reprimir las lágrimas, vuelto hácia mi hermano que le acompañaba conmigo, “hijo, le dice, demasiado he vivido: cesáron de amarme.”

Nosotros apretamos sus manos con ternura, Muley se sienta entre nosotros, su Corte le rodea, los balcones se llenan, y el sonido de las trompetas, que se correspondian de las quatro barreras de la plaza, anuncia los campeones.

Entran pues por diferentes lados, divididos en quatro quadrillas. Los Abencerrages, que formaban la primera, venian vestidos de túnicas azules, bordadas de plata y perlas, montados sobre blancos caballos, cubiertos los harnesses de zafiros, llevando en el turbante la garzota

azul, color que distinguia á esta tribu; y en los broqueles un leon encadenado por una pastorcilla, con esta divisa célebre entre ellos: *dulce y terrible*. Todos en la flor de la edad, todos gallardos, brillantes, llenos de esperanza, y de aquella noble animosidad que la urbanidad temple, se adelantan con ligero paso, mandados por Abenhamet, cuyas desgracias arrancarán pronto vuestras lágrimas, entónces pensando solamente en vencer delante de Zoraida.

Formaban los Zegries la segunda quadrilla, vestidos de túnicas verdes bordadas de oro, y en los turbantes la garzota negra, color siniestro de su familia, montados

sobre negros caballos, cubiertos con mantillas sembradas de esmeraldas: la frente erguida, los ojos ayrados, siguen con paso tranquilo á Alí, al formidable Alí, gefe de esta tribu terrible; Alí á quien quarenta años de victorias diéron el sobrenombre de *espada de Dios*, llevando en su broquel, igualmente que sus compañeros, una cimitarra salpicada de sangre, con estas palabras: *esta es mi ley.*

Los Alabeces y Gomeles formaban las otras dos quadrillas: los primeros, vestidos de encarnado con bordado de plata, montados sobre alazanes, con el mismo turbante de los Abencerrages: los últimos, aliados de los Zegries, sobre ca-

ballos bayos, llevan túnicas de púrpura, y garzotas negras. Las quatro quadrillas saludan al Rey, una despues de otra, hacen varias evoluciones, y se colocan en los quatro costados.

El Príncipe Boabdil salió entónces sobre un fogoso caballo africano. Al verlo, el pueblo prorrumpe en alegres vivas, y pasando con desden por delante de los Abencerages, se coloca entre los Zegries: Allí le cede el mando, pero el Príncipe lo rehusa. El Rey da orden á los Jueces para distribuir lanzas iguales á los que quieran disputar los premios.

Cada quadrilla habia de nombrar doce caballeros para correr jun-

tos la sortija, y el dexar de acertar una sola, bastaba para perder el derecho de correr otra vez. El premio destinado al vencedor, era una exquisita garzota de diamantes, reservando para consuelo de los vencidos, otros presentes no tan magníficos.

La señal se da, y el primero que se presenta es el famoso Abenhamet, que saliendo disparado como un rayo del esquadron azul, se lleva la primera sortija. El Zegrí Alí pretendia llevarse la segunda; pero Boabdil se adelanta, y turbándole el odio que profesa á Abenhamet, vuela, yerra el golpe, rompe furioso la lanza, y se oculta entre los Zegries. Alí se presenta, y

se lleva la segunda: Abenhamet ligero como el relámpago, gana la tercera: Alí vuelve, y gana la quarta, excitando el aplauso general: el Abencerrage corre otra vez, da con la lanza en la paloma, y salta al ayre la sortija; pero ántes que caiga al suelo, la enfila con destreza, excitando las aclamaciones del pueblo. Alí no osa volver á la lid, y los Zegries, los Gomeles y los Alabeces corren inútilmente. Los mas afortunados se llevan cinco sortijas, quando Abenhamet habia ya ganado veinte. Mil clarines anuncian la victoria, y los Jueces le adjudican el premio, que recibe, de rodillas, de la mano de Moraima; y corre á ponerlo á los pies

de Zoraida, cuyo corazon le habia estado deseando el triunfo y la gloria.

Prepáranse los quatro esquadrones para el juego de cañas, y armados todos de ellas, corren unos tras otros, las rompen contra los broqueles, las arrojan al ayre, y las cogen en su carrera. Todos manejan con destreza caballos mas rápidos que el águila, se acometen, huyen, vuelven, se forman, se dispersan, se paran, se reunen con precipitacion, engañando los ojos admirados, que no pueden seguir sus diversos movimientos: al modo que en el mar de Almería se ve una tropa de delfines hender la líquida llanura, mezclarse con mil

vueltas y rodeos, perseguirse sin alcanzarse jamas, saltando sobre las espumosas ondas.

Pero la traicion mas horrible estaba preparada para ensangrentar las fiestas. Los Zegries abominables llevaban cotas de mallá debaxo de los vestidos dorados; y en el tumulto de los juegos, muchos de ellos cambiáron sus cañas por lanzas verdaderas. Abenhamet fué herido el primero; y lleno de furor al ver correr su sangre, acomete con sable en mano al Zegrí que le habia puesto así, y lo dexa tendido en el suelo. Los Zegries sacan los alfanges, y los Abencerrages instruidos de aquel atentado, vuelan á socorrer á su capitan: los

Alabeces se declaran en su favor, y los Gomeles por los Zegries: los quatro esquadrones pelean con igual esfuerzo, profiriendo ámbos partidos los nombres de traidor y ale- voso. La sangre corre por la plaza, el pueblo se pone en fuga, y el odio, la venganza y la muerte se sacian en aquella atroz carnicería.

El Rey, los Jueces, mi hermano, hacen inútiles esfuerzos para apaciguar aquel furor: ninguno conoce la voz de Almanzor: todos desprecian la autoridad de Muley: todos atropellan los Jueces del campo. Los Abencerrages, que sienten rechazar sus espadas las cotas de los enemigos, conocen la traicion, y corren á las barreras para tomar

sus corazas; pero los Zegries los persiguen, y los asesinan en aquel estrecho paso. En este desastrado día hubiera fenecido esta valiente familia, si mi hermano, que había ido á armarse, no se hubiera presentado de repente en la plaza, y sosteniendo solo el esfuerzo de los vencedores, favoreciese á los Abencerrages. Los Zegries salen por otra parte, se esparcen por toda la ciudad, gritando: ¡al arma! ¡Viva nuestro Rey Boabdil! ¡Acabe de reynar Muley Hassem! El pueblo que ellos habían comprado, aumenta la tropa rebelde, y Granada se subleva en un instante. Ciérranse las puertas de las casas: brillan en las calles millares de lanzas, y

el ayre se llena de horribles gritos. Boabdil, en medio de los Zegries, sopla el fuego de la rebelion : los facciosos lo proclaman Rey , y al punto se encamina á la Alhambra, seguido de numeroso tropel. Muley-Hassem se habia retirado á aquel palacio solo con su familia. Nosotros estrechándolo entre nuestros débiles brazos, procurabamos tranquilizarlo, al mismo tiempo que un espanto mortal nos embargaba la voz y las fuerzas. El generoso Rey, sin temer por sí, solo pensaba en sus vasallos, solo por ellos vertia piadosas lágrimas, solo por ellos invocaba al Ser eterno. ¡ Poderoso Allah! exclamaba tendiendo al cielo las manos trémulas : rompe

mi cetro, pero salva á mi pueblo: perdónale su furor, pues lo engañan, lo precipitan en el crimen: ¡no lo castigues, Dios piadoso!

Almanzor se prepara para defendernos: junta las guardias dispersas, da armas á los esclavos, manda cerrar las puertas de la Alhambra, coloca los flecheros en las torres, y puesto sobre la plataforma, se presenta apoyado sobre la lanza, que hace temblar á los Zegries.

Al mismo tiempo ve llegar los valerosos Abencerrages, armados de brillante acero, ardiendo en furor é indignacion. Los Almoradies y Alabebes, tribus fieles á su Rey, viniéron á defenderle, ó morir; y desdeñándose de esperar al enemigo

detras de los muros del palacio, se colocan delante de las puertas. Almanzor corre á ponerse entre ellos, y las aclamaciones se repiten al verle. Oyense al mismo tiempo otros gritos, y se descubren los Zegries, los Venegas, los Gomeles, acompañando á Boabdil, seguidos de una multitud desenfrenada.

La vista de Almanzor los detiene. Un profundo silencio sucede al tumulto, y nadie osa poner las manos en el héroe de Granada, digno objeto de su admiracion; pero animados por Boabdil, se forman en batalla, y baxan las lanzas. Las trompetas de una y otra parte iban á dar la horrible señal, quando repentinamente se abren las puertas

de la Alhambra , y Muley-Hassem trayendo en sus manos el cetro y la corona , se pone entre los dos exércitos.

Deteneos , les dice , y no os hagais dignos de la ira celestial , deramando la sangre de vuestros hermanos. No prodigueis esa sangre que necesitais contra los Españoles. Abencerrages , Zegries , vosotros mismos os quereis forjar las cadenas : olvidad esa fatal discordia, guardando el valor para emplearlo contra vuestro comun enemigo. Decis que estais ofendidos , y no ignorais que yo lo estoy : aprended de mí á vengaros.

Pueblo de Granada , mi reynado te cansa : desde este instante se

acabó. Pues me niegas el amor, no quiero ya tu corona. Ven á recibirla, Boabdil: ven, toma ese cetro que deseas, y que tal vez encontrarás pesado: acercate, hijo mio, acercate, y no te espantes: mira estas canas, y dime si pensaste acaso, que por los pocos dias que me quedan de vida, permitiria yo que corriese la sangre de mis vasallos. ¡Ay Boabdil, Boabdil! tú no conociste jamas mi corazon: tú lo has llenado mil veces de amargura; pero tu padre te perdona si haces felices á tus vasallos; si tu justicia y beneficencia no les dexan arrepentirse de lo que ahora hacen por tí. — Pronunciando estas palabras, el augusto anciano presenta

á su hijo la corona y el cetro. Boabdil lleno de temor, queda inmóvil, sin atreverse á levantar los ojos á mirar á su padre, ni poder dar un paso hácia él. Muley le previene, se adelanta, ciñe su frente, llena de rubor, con aquella diadema, objeto infeliz de sus deseos, y vuelto despues hácia los dos partidos, que miraban atónitos, les dice: Abencerrages, haced salva al Rey de Granada; y vosotros Zegries, jurad la paz á vuestros generosos enemigos.

Entónces el pueblo lleno de gozo clama: ¡viva el Rey Boabdil, vivan los Abencerrages, los Zegries y Muley-Hassem! Conducen con pompa á Boabdil al palacio de

la Alhambra, mientras que mi padre, seguido de Almanzor, de Moraima y de mí, se retira al Albayzin, antigua habitacion de los primeros Reyes moros.

FIN DEL LIBRO II.

la Alhambra, mientras que en
de, según de Almanzor de los
tamos y de, ni se refiere al Al-
paysin, antigua habitation de los
primeros Reyes moros.

FIN DEL LIBRO II

SUMARIO DEL LIBRO III.

Zulema cuenta las mudanzas, hechas en Granada, durante el reinado de Boabdil. — Corrupcion de la Corte y del Rey. — Amores de Abenhamet y Zoraida. — Cautividad de Ibrahim. — Abenhamet lo libra. — Boabdil, su rival, se opone al himeneo de los dos amantes. — Envia á Abenhamet contra los Españoles, y vuelve vencido por Gonzalo. — El héroe penetra en Granada. — Las leyes condenan á Abenhamet á muerte. — Zoraida, por salvarle, da la mano á Boabdil. — Almanzor conduce á Abenhamet léjos de Granada. — Abenhamet vuelve: encuentra á Zoraida en Generalife. — Quatro Zegries los descubren miéntras hablan, y dan aviso al Rey. — Furor de Boabdil. — Muerte de Abenhamet. — Matanza de los Abencerrages. — Combate en el palacio. — Dexan á Granada los Abencerrages.

Zulema cuenta las mudanzas, he-
 chas en Granada, durante el reinado
 de Boddil. — Corrupcion de la Corte y
 del Rey. — Amores de Abenhamet y
 Zoraida. — Cautividad de Ibrahim. —
 Abenhamet lo libera. — Boddil, su ri-
 val, se opone al himeneo de los dos
 amantes. — Envia á Abenhamet contra
 los españoles, y vuelve vencido por
 Gonzalo. — El héroe penetra en Gra-
 nada. — Las leyes condenan á Abenha-
 met á muerte. — Zoraida, por salvarle,
 da la mano á Boddil. — Almanzor con-
 duce á Abenhamet lejos de Granada. —
 Abenhamet vuelve: encuentra á Zo-
 raída en Genesife. — Cuarto Zoraida
 los descubren mientras hablan, y dan
 aviso al Rey. — Furor de Boddil. —
 Muerte de Abenhamet. — Matanza de
 los Abencerrijes. — Combate en el pa-
 lacio. — Dexan á Granada los Aben-
 cerrijes.

LIBRO III.

El mas poderoso y feliz de los Reyes , aquel á quien la fortuna y la victoria colman de sus favores, el que mira al rededor de su trono todo el esplendor y los gustos de la gloria , carece de la felicidad mas pura y mas cara á los corazones tiernos , la certidumbre de verse amado. Las ofrendas que le prodigan , las alabanzas con que le fatigan , y aun la fidelidad que le demuestran , esperan siempre la recompensa : el interes no dirige sus votos á su persona , sino á su po-

der. Esta idea atormenta su espíritu, y una justa desconfianza se mezcla en los sentimientos de su corazón. ¡Infeliz del que pudiendo pagarlo todo, puede pensar que ninguno le da nada!

Y Pero Muley al baxar del trono, vuelto á la clase de los hombres, adquirió el derecho mas excelente y mas precioso de la humanidad, el de encontrar amigos. Su Corte numerosa desapareció; pero le quedaron los Abencerrages, aquella virtuosa tribu que le miró siempre como á su Rey, tributándole mas respeto, quanto menor era su poder. Almanzor, su esposa y yo, rivales en todos los officios piadosos, que podian consolar su vejez, con-

tentos en consagrar nuestros dias en esta ocupacion tan cara á nuestras almas, no osabamos quejarnos de un crimen que nos habia hecho felices, reuniéndonos en el seno del mejor de los padres. Si sentiamos la pérdida de su corona, solo era por su pueblo y por él: si Muley suspiraba por ella, solo era por sus vasallos y por sus hijos.

Entretanto, el nuevo Rey mudaba la haz de Granada. Retiráronse los antiguos Visires, reemplazándolos jóvenes inexpertos: los Generales de los exércitos, encanecidos en los campos de batalla, tuvieron el destierro por paga de sus servicios y de sus heridas: una juventud, conocida solo por sus vi-

cios ó por su favor, vino á mandar los soldados veteranos, compañeros antiguos de sus padres: la antigua disciplina, madre del valor y la victoria, se olvidó en un momento, y el ejército se transformó en un tropel de mercenarios desenfrenados, osados contra sus capitanes, cobardes contra el enemigo: las fronteras encomendadas á unos Gobernadores que vivían en la Corte, sin conocerlas, las sorprehendieron é invadiéron los vigilantes Españoles; y para colmo de nuestra calamidad, en esta época fatal, suscitó el cielo contra nosotros ese terrible enemigo de los Moros, ese invencible Castellano, cuyo nombre sin duda habrá llegado á vues-

tros climas lejanos, el valeroso Gonzalo de Córdoba.

Ni sus hazañas, ni sus rápidas conquistas pudieron despertar á Boabdil de su vergonzoso letargo. Los criminales Zegries eran sus consejeros, y el Monarca solo pensaba en aquellos placeres tumultuosos, de que los adadores cercan á su señor, temerosos de que oiga los clamores del pueblo. Los magníficos juegos y las fiestas públicas, que estableció Muley, habian cedido el lugar á las asambleas misteriosas, á las danzas afeminadas, á los festines de donde estaban desterrados el pudor y la templanza: el amor tierno y respetuoso era objeto de la insolente mofa, y en

lugar de los afectos , que hicieron célebre á Granada entre todas las naciones , solo se encontraba la disolucion y la licencia.

En medio de tantos vicios , présagos de nuestras desdichas , se encendió de nuevo en el alma de Boabdil , una pasion , que de mucho tiempo parecia haberla apagado la resistencia. La hermosa Zoraida , hija del anciano Ibrahim , era el objeto de tan funesto amor.

Zoraida era Africana. Desde los primeros dias de su vida habia conocido las desgracias , perdiendo á su madre aun en la cuna ; y su padre , primer Visir del Monarca de Tremezen , despues de haber visto destronar á su infeliz sobera-

no, desterrado y despojado de sus bienes, vino con su hija á Granada, á implorar la piedad de Muley-Hassem. Mi padre le recibió en la Corte, le dió el gobierno de la ciudad de Jaen, y mandó que Zoraida se criase en su palacio.

Apénas salia de la infancia, quando ya su atractivo y sus gracias inflamaban nuestra guerrera juventud. Abenhamet, el gallardo Capitan de los Abencerrages, que ganó el premio el dia del crimen de los Zegries, niño aun como Zoraida, apénas la conoció, la eligió y adoptó por su hermana. Su felicidad era estar cerca de ella, y repetirle mil veces el juramento de amarla toda su vida. La jóven y sincera Afri-

cana se lo prometia igualmente, y le declaraba que á él solo deseaba amar. ¡Dulce privilegio de aquella edad dichosa, en la que todavía perdonan los hombres la sencillez y el candor!

Así que Zoraida se acercaba á los tres lustros, aprendió á ser mas cauta, y Abenhamet mas tímido. Ya no se atrevia como en otro tiempo, á venir á su aposento á qualquier hora, ni osaba hablarle ni aun de amistad; pero mas amoroso que nunca, sentia la fuerza de aquel primer amor, tan vivo y tan puro en los corazones tiernos, ocupándose continuamente en seguirla, en esperarla, en buscarla. En el palacio, en la mezquita, en el

jardín de Generalife, siempre seguía sus pasos, sin poder vivir sin su vista; pero al verse juntos, sus ojos miraban la tierra, el rubor cubría sus mejillas, las palabras eran trémulas y sin orden, quedando fuera de sí, sin aliento y sin voz.

Por este tiempo fué quando Gonzalo entró con su ejército en nuestro territorio, presentándose delante de Jaen, en donde gobernaba el anciano Ibrahim. Gonzalo toma por asalto la ciudad, despues de larga resistencia, y el padre de Zoraida queda prisionero. Su hija, bañada en llanto, va á echarse á los pies del Rey: volvedme mi padre, le dice, y tomad todos los beneficios de que me colmais: á mí me basta

una choza con el autor de mi vida; ó si Gonzalo es inflexible, alcanzad á lo ménos que yo vaya á acompañarle en sus cadenas, y consagrar en su servicio la vida que le debo.

Muley movido de sus lágrimas, le prometió escribir á Gonzalo, y que el primer artículo de la paz seria la libertad de Ibrahim, halagándola, y añadiendo nuevas caricias para consolar su desgraciada suerte. Pero Abenhamet, que miraba sus lágrimas, y las sentia caer en su corazón, resolvia en su interior enxugarlas. Temiendo que si no se verificaba la paz, se mantuviese Ibrahim cautivo por largo tiempo; no siendo todavía dueño

de los muchos bienes , que con el tiempo habia de poseer , sale á buscar á Gonzalo , y llegándose á él con la confianza que inspira la juventud y el amor : magnánimo guerrero , le dice , yo soy el Capitan de los Abencerrages : mi edad no me ha dexado todavía medir mis armas con las tuyas ; pero espero que este feliz tiempo llegará. Bien conoces la nobleza de mi familia , y que te prodigarán el oro por mi rescate. El valeroso Ibrahim no tiene bienes : trueca ese anciano por mí ; entrega ese desgraciado padre á una hija , que solo puede ofrecerte sus lágrimas , y recibe en su lugar al mas rico de Granada.

Calló , y Gonzalo sintiéndose

enternecido , le dice : Abencerrage , tú no debes ser cautivo mio : tu estimacion , no tus riquezas , es lo que quiero : vuelve á Granada con Ibrahim : solo á tu pecho virtuoso lo concedo ; y si este corto beneficio merece tu reconocimiento , procura no encontrarme en las batallas.

¿Quién podrá explicar la alegría de Zoraida quando Abenhamet le presenta su padre adorado? Dudando aun de su felicidad , se arroja al cuello del anciano , y le abraza , despidiendo continuos suspiros. Ibrahim le refiere al punto lo que debe al Abencerrage , y juntando las manos de los dos amantes , les promete en nombre de Allah , que se verán unidos dentro de pocos dias.

La acción de Abenhamet llenó de admiración á Granada: todos alabáron su valor, y deseáron el colmo de sus amores, admirando todos la magnanimidad de Gonzalo; y no puedo negar, que aunque ese soberbio Español sea acérrimo perseguidor de mi patria; aunque la sangre de mis hermanos ha manchado repetidas veces su brazo invicto; su noble proceder en la guerra, su dulce clemencia despues de la batalla, le han grangeado el respeto de nuestra nacion. El guerrero conoce su valor, el cautivo su humanidad. Los Abencerrages, queriendo tributar holocausto á sus virtudes, pusieron en libertad doce cautivos christianos, escogieron do-

ce caballos de Africa, y los enviaron al héroe Castellano, como una leve señal de su reconocimiento.

Muley Hassem habia aprobado el himeneo de Abenhamet y Zoraida, conviniendo en que se verificase despues del de Almanzor; pero el fogoso Boabdil, enamorado de Zoraida, creyendo deslumbrarla con su nacimiento, se atrevió á pretender su mano. La hija de Ibrahim, sin faltar al respeto debido al heredero del trono, no admitió sus deseos. Zoraida se creia ya olvidada de un corazon, que sabia tan poco amar, al tiempo que mi padre perdió la corona; pero lo primero en que empleó Boabdil

su poder usurpado, fué en prohibir á Ibrahim el tomar á Abenhamet por yerno. Ibrahim lleno de amargura, conservaba la esperanza de mover el ánimo del Monarca. Seguido del enamorado Abenhamet, se echó á sus pies, pidiéndole por único premio de su lealtad y de sus largos servicios, que le permita el ser reconocido, no obligándole á la edad de ochenta años, á faltar al honor por la primera vez. Boabdil no quiere oírle, y Abenhamet que callaba, esperando la sentencia de su muerte, levanta á Ibrahim lleno de furor, y poniendo en el Rey los ojos airados le dice: Zoraida es mia: la voluntad de su padre, la

suya , todos los derechos del amor y de la amistad , esos son mis títulos. ¿Quáles son los motivos que tú tienes para quitarme el bien que he merecido? — Yo no doy cuenta de mis designios , responde el Monarca enfurecido , ni mis vasallos merecen mas de lo que mi bondad les quiere dar. — Boabdil , le dice Abenhamet , tus vasallos han aprendido de los Zegries á destronar un Monarca justo : teme que aprendan de los Abencerrages á castigar los tiranos.

El Rey pone mano á su alfange: Ibrahim se echa á sus pies : yo, Señor , yo solo debo ser castigado, pues yo soy quien le dió mi hija. Mientras yo respire , Zoraida es de

mi libertador : arrancame la vida, Boabdil , para librarme de mi promesa.

Al decir esto , el anciano descubre el pecho lleno de cicatrices , y lo ofrece á la cólera del Monarca, excitando la compasion aun de los mismos Zegries. Abenhamet , la mano en el puñal , está dispuesto para defender á su padre ; y el Rey confuso , puestos los ojos en el suelo , medita lo que ha de resolver. Receloso de los Abencerrages , teme que un acto de crueldad derribe un trono mal asegurado ; pero instruido de largo tiempo en la perfidia , dilata el crimen para asegurarlo mejor. Compone en fin su semblante , y fingiendo domar su

justa cólera ; Ibrahim , le dice , tus virtudes han despertado mi clemencia : por ellas perdono al imprudente Abenhamet ; pero tu hija es de tal precio , que una sola accion de valor es poco para merecerla. Yo mismo daré á su amante la ocasion de hacerse digno de ella. Jaen, que Gonzalo ha conquistado , era la llave de mis estados : si Abenhamet la recobra , Zoraida será la recompensa.

El Abencerrage , sin poder contener su alegría , se echa á los pies de Boabdil : tú me haces invencible , Rey de Granada : toda mi sangre , derramada por tí , no podrá expiar las palabras , que profirió mi juventud. — El Monarca le

levanta con falso agrado, proclama á Abenhamet su General, y ordena que, dentro de tres dias, parta el ejército contra Jaen.

En estos tres siglos de espera, el valeroso y tierno Abenhamet prepara sus caballos y armas. Ibrahim quiere seguirle, honrándose de servir á las órdenes de su amigo: mi hermano debe tambien acompañarle: los Abencerrages se disponen, y el enamorado mancebo enagenado de alegría, corre á abrazar las rodillas de Zoraida, pidiéndola que adorne su lanza con algun lazo ó velo que haya traido sobre ella. Zoraida procura encubrir la profunda tristeza que la devora, y le da una faja blanca, en la qual ha-

bia bordado sus nombres entrelazados, leyéndose debaxo de las cifras unidas, la palabra tierna de *siempre*. Zoraida se la ciñe llorosa, y sin arreverse á pedirle que no exponga su vida, ruega á su amante que cuide de su padre, y pide en secreto á éste el moderar el valor de su amante.

La hora de partir llegada, el ejército se forma en batalla en la plaza: los Abencerrages componen el ala derecha, cerrando los Zegries la izquierda: Abenhamet aparece armado, baxo una túnica azul, de una coraza forjada en Fez, ceñido de la faja de Zoraida, llevando la garzota de su familia en el turbante forrado de acero: á su izquierda

pende un sable guarnecido de diamantes , y con la mano derecha empuña una lanza mora , armada de hierros agudos por ámbos extremos. Venia montado sobre un caballo blanco , cuyas largas crines besaban la tierra : contempla el ejército, llenos sus ojos de ánimo y de amor, confia la derecha al valeroso Almanzor , la izquierda al prudente Ibrahim , y va á dar la última señal, quando el Rey entra en la plaza con el estandarte del Imperio. Esta insignia tan respetada , en la qual habia una granada de rubies en campo de oro , no salia de la mezquita , sino en los lances mas árduos. Boabdil la pone entre las manos de Abenhamet diciéndole:

Abencerrage, hazte digno de mi confianza, y piensa en las obligaciones que te impone la presencia de esta insignia sagrada.

Abenhamet lleno de ardor, toma con mano codiciosa el estandarte, y jura al Monarca morir ántes de abandonarlo. Llama al intrépido Octair, el mas valiente de sus compañeros, y se lo entrega. Octair, gozoso con tal honor, se pone al lado del General, de quien no debe apartarse un momento, y las trompetas tocan á marchar. ¡Ó ciego Abenhamet! ¡cómo corres al precipicio sin saberlo! Los Zegries lo habian preparado con el pérfido Rey, asegurando sus intentos el estandarte de Granada. Nuestras

leyes condenan á muerte al General, que vuelve sin esta insignia de nuestra gloria, y con tan cruel esperanza la habia confiado Boabdil á su rival.

Abenhamet entretanto solo piensa en obtener á Zoraida: marcha con ayre triunfante al frente de sus guerreros, sin poder contener su regocijo, y siguiendo el uso de nuestra nacion quando camina á pelear, cantan al son de los címbalos y añafiles, estas palabras guerreras.

La guerra tronó: los ecos
 á su voz, Abenhamet,
 mil veces claman; y léjos
 ¡ay, ay! responde Jaen,
 mis fuertes torres
 van á caer.

El clarin sonó: guerreros,
 marchad blandiendo las lanzas
 sobre el relinchante bruto
 que el freno espumando tasca.
 Allí donde fiero Marte
 acerada muerte os guarda,
 allí con sangre regado
 nace el laurel de la fama.

La guerra tronó: los ecos
 á su voz, Abenhamet,
 mil veces claman; y léjos
 ¡ay, ay! responde Jaen,
 mis fuertes torres
 van á caer.

¿Qué vale que cien provincias
 mueva contra vos España
 si ocho siglos de heroísmos
 se encierran solo en Granada?
 Dó quier os cercan gloriosos
 las paternas hazañas:
 cien triunfos moriscos yacen
 dó quier posareis la planta.

La guerra tronó: los ecos
 á su voz, Abenhamet,
 mil veces claman; y léjos

¡ay, ay! responde Jaen,
 mis fuertes torres
 van á caer.

¡Ay, que las tumbas se abren!
 ¿ois que de ellas os claman,
vencer ó morir? ¡perezca
 quien viva para la infamia!
 Jurado está: el que á la muerte
 vuelva cobarde la espalda,
 Amor será su enemigo,
 y su verdugo la Patria.

La guerra tronó: los ecos
 á su voz, Abenhamet,
 mil veces claman; y léjos
 ¡ay, ay! responde Jaen,
 mis fuertes torres
 van á caer.

Si os desalientan los rayos
 de las diestras Castellanas
 volved un punto la vista
 á las torres de Granada.
 Allí del Xenil las Bellas
 os miran, y enamoradas,
 seguras de la victoria
 os texen ya las guirlandas,

La guerra tronó: los ecos
 á su voz, Abenhamet,
 mil veces claman; y léjos
 ¡ay, ay! responde Jaen,
 mis fuertes torres
 van á caer.

¿Será que, en baldon vencidos,
 dexeis marchitar las palmas
 que en loor de vuestra gloria
 su amor ardiente prepara?
 Léjos el temor, Doncellas
 texed sin cesar guirlandas,
 que Abenhamet es caudillo,
 y ordena triunfar Zoraida.

La guerra tronó: los ecos
 á su voz, Abenhamet,
 mil veces claman; y léjos
 ¡ay, ay! responde Jaen,
 mis fuertes torres
 van á caer.

Los Zegries habian avisado se-
 cretamente á Gonzalo, que estaba
 en Jaen con Lara su fiel amigo,

Lara, el mas famoso de los Castellanos despues de Gonzalo, y casi tan fatal á mi patria como ese invencible guerrero.

No obstante que su ejército era poco numeroso, los dos Españoles no quieren esperar á los Moros, y vienen á encontrarlos, maniobrando con tal arte, que embisten de improviso á nuestras tropas ántes que entrasen en su territorio. Los soldados sorprendidos se llenan de terror, sin que todos los esfuerzos de Abenhamet sean bastantes á animarlos. Corre por todas partes, busca, llama á Gonzalo, lo encuentra, lo detiene pocos instantes, le hiere; pero Gonzalo con brazo mas firme, le dexa tendido

en tierra. De allí va á acometer á Octair, y de un revés hace saltar la mano, que empuña el estandarte: Octair lo vuelve á coger con la otra: Gonzalo se la divide. Entónces el leal Octair abraza con los trozos de sus brazos la insignia sagrada, apretándola contra el pecho, y de esta manera recibe la muerte, y el terrible Castellano se hace dueño del estandarte.

Almanzor corre á recobrarlo al frente de los Abencerrages; pero Lara vencedor entónces de los Zegries, viene á cercarlos. El combate no es ya sino horrible carnicería: Ibrahim bañado en sangre, espira llamando á Zoraida: Almanzor apénas puede sostenerse: los

Abencerrages engañados, abandonados de todo el ejército, caen, espiran al golpe de las espadas, sin que ninguno quiera rendirse, ni quiera ninguno alejarse un paso del cuerpo de Abenhamet, que yacía moribundo por tierra.

Gonzalo los admira, y suspende el primero su terrible brazo, mandando á los Españoles que abran paso á unos enemigos que estima, á quienes quiere vencer, y no asesinar. Almanzor levanta á Abenhamet sangriento, lo lleva en medio de sus hermanos, y se retira sin huir, sin desorden ni temor, volviendo hácia el vencedor la frente, que tantas veces habia salido triunfante.

Los Zegries habian llegado á Granada, y esparcido la nueva de la derrota. Las madres, las esposas, temblando, esperaban en las puertas de la ciudad la vuelta de los Abencerrages. Zoraida afligida pedía su padre y su amante á todos los que volvian del combate. Al fin descubre la valiente raza, reducida á un corto esquadron, teñida en sangre, cubierta de heridas, trayendo al moribundo Abenhamet. Á la vista de este espectáculo, lanza un horrible grito, vuela, se arroja sobre Almanzor: ¡mi padre, mi padre! dice: ¿Lo perdí todo en este afrentoso dia? Las lágrimas fuéron la respuesta de Almanzor. Zoraida fuera de sí, bus-

ca á Ibrahim , fixa los ojos desen-
caxados en el pálido rostro de su
amante , mira á Almanzor enmu-
decido , entiende su silencio , y cae
sin sentido entre los pies de los
caballos....

Todos acuden á socorrerla , y
la llevan al palacio. Almanzor ca-
mina hácia el Alhambra para dar
aviso al fementido Rey , del peli-
gro que amenaza á Granada , mién-
tras los Abencerragés lastimados lle-
van á depositar en su casa al des-
graciado Abenhamet. Sus heridas
eran muchas y peligrosas , pero sin
embargo daban esperanzas de salvar
su vida. Detienen la poca sangre
que le queda en las venas , y le
curan con el precioso bálsamo que

nos suministra la Arabia. Abenhamet vuelve en sí, pero apenas se reconoce, que apartando á los que le rodean clama : ¡soy vencido! ¡soy vencido! ¡Yo la perdí!..... ¡La perdí para siempre!.... Diciendo esto, rompe las vendas que cubren sus heridas, corre de nuevo la sangre, volviendo al miserable estado primero.

Zoraida, en el palacio, nos tenía en igual inquietud. El dolor profundo la abatía, quitándole la facultad de llorar, y contemplándonos con ojos feroces, pronunciaba sin cesar los nombres de Ibrahim y Abenhamet, los fixaba en tierra, repitiendo estos nombres tan caros á su corazón, y de improvi-

so esta tranquilidad aparente se convertia en gritos horribles, y convulsiones espantosas. La fiebre ardiente se apodera de ella, y un delirio cruel la transporta en medio del campo de batalla: allí venga la muerte de su padre: allí defiende á su esposo. Todos los remedios son inútiles, sin que haya esperanza de sacarla de los brazos de la muerte.

Miéntras que cada familia estaba sumergida en el dolor, Gonzalo victorioso se presenta delante de los muros de Granada. Mi hermano lo habia previsto: mi hermano, nuestra única esperanza, grita al arma á nuestros guerreros. Boabdil sale en persona con los Zegries á pelear contra los Españoles: Al-

manzor seguido de los Abencerrages rechaza á Lara léjos de nuestras murallas, pero el Rey acometido de Gonzalo se pone en fuga y entra con precipitacion en la ciudad. El intrépido Castellano viene en su alcance dentro de nuestros muros, y abandonado de los suyos penetra hasta el Alhambra. Yo le ví : yo misma le ví, y su imágen, que aun creo estar mirando, me hace estremecer. ¡Oxalá que, sin ofender vuestro valor, no llegueis nunca á las manos con ese héroe! Solo, en medio de nuestra capital, despreciando todo un pueblo enemigo, destruyendo quanto se le oponia, llegó no léjos de mí. Allí, sin duda, advirtiéndole que no le

acompañaba ninguno de los suyos, se detiene, queda inmóvil, vuelve á tomar lentamente el camino que habia dexado sembrado de víctimas, y sin pensar en defenderse contra la multitud que le acometia, vuelve el rostro para exâminar los sitios que ha de conquistar.

Pasados estos momentos de susto, volvimos á cuidar de los dos desgraciados amantes. Abenhamet y Zoraida desean en vano la muerte, que el vigor de la juventud repelia. La esperanza de volverse á ver, el consuelo de llorar juntos los retiene en la vida, animándolos á resistir á su deplorable estado.

Boabdil esperaba este momento, y va solo á ver á la triste Zoraida,

que ignorando su delito, le recibió sin horror. El pérfido Rey honró la memoria de Ibrahim con sus lágrimas, prodigando los elogios á su valor; pero luego que pasáron algunos dias, fingiendo tomar parte en el dolor de su hija, manifestó sus deseos de honrar las cenizas del desgraciado anciano, dándole público testimonio de estimacion y reconocimiento, ofreciéndole un augusto himeneo, como el único medio de pagar lo mucho que debia á Ibrahim.

Señor, respondió Zoraida, mis grandes desdichas no me dexarán disimular, que mi corazon está muy léjos de merecer ese himeneo. Este corazon no amará mas de una vez,

y Abenhamet es el objeto de su amor. Si los servicios de mi padre, si la sangre que ha derramado por vos, tienen algun precio ante vuestros ojos, si quereis dar algun consuelo á su sombra, cumplid sus últimos deseos, uniendo su hija á aquel que Ibrahim habia escogido para yerno. Ibrahim lo verá desde el alto cielo donde habita, y se regocijará de haber dado su vida por un Rey, que se digna de remplazarlo.

Al oír este discurso, Boabdil sin poder reprimir la cólera, ¡Zoraida! dice con tono impetuoso, tú abusas de mi funesto amor: Abenhamet no puede ya esperar tu mano, pues las leyes le condenan á muerte.

Solo yo puedo hacer gracia, y ésta depende de tí.

Boabdil sale inquieto y airado, y sabedor de que el Abencerrage empezaba á recobrar sus fuerzas, manda que le pongan guardias, y nombra los ancianos que le han de juzgar.

La ley pronunciaba su muerte. Abenhamet habia perdido el estandarte sagrado del imperio, y debia morir. Los jueces firman la sentencia con sus lágrimas, y el Rey la lleva á Zoraida. Escoge, le dice, poniéndosela en las manos: escoge al punto: este solo instante se te concede: Abenhamet ha de morir, ó tú has de subir al trono: el altar y el cadahalso estan preparados.

Atónita al oír estas palabras, Zoraida quedó sin saber que resolver. Su primer movimiento fué arrebatarse el puñal, y librarse por sí misma de la horrible elección que le proponia; pero la detiene el considerar que la muerte de Abenhamet ha de seguir á la suya. Sin esperanza de mover el ánimo del Tirano feroz, está vacilante y trémula. Boabdil la insta, y descontento de su silencio, manda que vayan á buscar la cabeza de su rival. Deteneos, exclama Zoraida, deteneos, víctima suya soy: aquí está mi mano: caminemos al templo.

Calló, y el inflexible Rey la conduce á la mezquita, en donde todo estaba ya preparado para el

triste himeneo. Zoraida pálida y moribunda se presenta en medio de un pueblo insensato, que aplaude su nueva Reyna, y le desea por largo tiempo la felicidad de que cree va á gozar. Pronuncia en fin con débil voz el juramento de ser infeliz, mil aclamaciones le responden, mil alegres voces mezcladas con el son de los sistros, ahogan sus tristes gemidos, y las fiestas mas pomposas celebráron aquel dia de dolor.

El Rey, fiel á su palabra, declaró al dia siguiente al himeneo, que la juventud de Abenhamet, su valor, el de su familia, le movian á suavizar la severidad de los jueces; pero queriendo conciliar el in-

violable respeto, que tenia á las leyes, con la distincion debida á los Abencerrages, convertia en destierro la pena señalada á su xefe. Quando el Monarca parece clemente ninguno se atreve á murmurar. Los aduladores viles ensalzaron su péfida bondad.

Almanzor con ojos penetrantes comprehendia el horrible misterio, y queriendo evitar los primeros efectos de la desesperacion de Abenhamet, se va al lugar donde está preso, y apretándole entre sus brazos, amigo, le dice, en fin vivirás: el Rey te destierra solamente de Granada; pero Zoraida.... ¿Zoraida espiró? exclamó Abenhamet. — Méenos desdichada seria:

escucha la verdad horrible : llama todo tu valor para soportarla , y piensa sobre todo , amigo , que si cedes al dolor , darás la muerte á Zoraida , á Zoraida..... á la esposa de Boabdil.

Al decir estas palabras , vuelve á estrecharlo contra su corazon para impedirle atentar á su vida ; pero Abenhamet queda sin sentido entre sus brazos. Mi hermano , aprovechándose de este accidente , lo hace llevar á una de sus casas de campo , poco distante de Granada.

El generoso Almanzor , clavados los ojos en su amigo , procura descubrir en los suyos , los movimientos de su alma. No busca medio ninguno de consolarle , sino calla,

lo sigue, lo exâmina, lo guarda como á un insensato. Abenhamet conserva profundo silencio: los ojos enxutos, la cabeza doblada sobre el pecho, el ceño espantoso, los dientes rechinan con violencia, dando miradas siniestras á Almanzor, cuya presencia le cansa, y se opone á sus intentos.

Tres dias pasáron de este modo, sin que mi hermano le abandonase un instante, ni se atreviese á hablarle de una amistad insuficiente para tan crueles desdichas. En fin Abenhamet rompe el silencio, y le dice reposado: no temas Almanzor mi dolor: conozco el alma de..... de aquella en quien puse tanto amor: la conozco, y solo por sal-

var mi vida pudo resolverse la desdichada..... Párase, levanta los ojos al cielo, hace nuevos esfuerzos, y continúa con amarga risa: mucho se ha engañado.... no importa, yo la perdono. Tomé mi resolución irrevocablemente: yo pondré entre los dos una barrera inmensa: yo iré á buscar otros climas, en donde el nombre funesto de Granada, ni del exêcrable Boabdil puedan llegar á mis oídos. Mañana partiré para el Africa: en sus desiertos encontraré la soledad que necesita un infeliz; en sus Leones hallaré mas piedad que en nuestros tiranos. Tú me acompañarás hasta el puerto de Almería; este es el último favor que te pi-

do, y espero de tu amistad. No me atrevo á hablarte de mi reconocimiento: tú no lo dudas, ni piensas en ello.

— Mi hermano engañado con estas palabras, creyó el valor de Abenhamet superior á sus desdichas. Aprobóle el intento, y aquel mismo dia tomáron ámbos el camino de Almería, en donde varias embarcaciones destinadas para Tunez solo esperaban el viento favorable. Abenhamet se mostraba tranquilo, y el nombre de Zoraida no se le oía salir de su boca. Siempre pensativo, pero al mismo tiempo afable, encomendaba á Almanzor su voluntad, le prescribía la repartición que había de hacer de sus

bienes , y las recompensas de sus esclavos. En la tierra que voy á habitar , añadia , no es menester ser rico : lo que yo llevo me bastará , y mis parientes y servidores pensarán mas en mí , gozando de la felicidad que les he proporcionado: el valiente Almanzor no me olvidará tampoco , y los beneficios que me ha hecho no me dexan duda de ello ; pero siento que por mi causa se detenga aquí , léjos de su familia y de su esposa ; Muley-Hassem y Zulema te esperan : Moraima suspira por tí : vuélvete , dulce amigo , vuelve á gozar de la felicidad tan rara de ser esposo del objeto amado : quizá ha menester que la cuides , sin duda necesita de

tu presencia : tal vez el viento tardará algunos dias : dilatar nuestra despedida , solo servirá para aumentar nuestro dolor ; y en fin , fuerza es que me acostumbre á vivir sin nada de lo que amo.

Almañor le escucha lloroso, miéntras que Abenhamet con ojos enxutos le insta de nuevo á partir. Mi hermano deseoso de volver á ver á Moraima , cede á sus vivas instancias , le abraza , promete executar su voluntad , y lleno el corazon de amargura , pero sin inquietud por la vida del desgraciado Abencerrage , toma la vuelta de Granada.

Abenhamet vió cumplidos los deseos que por largo tiempo le po-

seían. Apénas se ve libre, se prepara para el designio terrible que tenia meditado: vístese de esclavo, un turbante asiático muda su rostro ya desfigurado por el dolor, se arma de un puñal, sale de Almería, y vuélvese á Granada.

Llega y sube á la Alhambra, y vagando por los espaciosos patios de aquel inmenso edificio, se introduce en Generalife, caminando con paso temerario hácia el aposento de la Reyna.

La noche empezaba á cubrir de luto la tierra, quando Zoraida sola en el jardin, lloraba por Abenhamet junto á un rosal. Desde el dia del fatal himeneo, Zoraida no habia sabido nada de su suerte, ni

habia pronunciado su nombre ; pero todas las noches venia á gemir, al pie de aquel mismo rosal , en donde, en tiempo mas feliz , se habia sentado tantas veces al lado de Abenhamet. Allí sola con sus memorias pasadas , con su amargo dolor y con su amor , creia ver á cada instante el objeto que tenia en su corazon. Quanto Abenhamet habia hecho por ella , las palabras que habia dicho , la mas leve risa , la mas ligera circunstancia que las habia acompañado , se pintaban en su imaginacion. Su infortunio era ménos doloroso en estos instantes de ilusion ; pero vuelta á su infelicidad , un llanto amargo salia de sus cansados ojos.

La Reyna ve acercarse á ella un esclavo: míralo, conócelo, va á despedir un grito; pero el peligro de Abenhamet, el suyo propio, la triste memoria de lo que fué y de lo que es, la detienen: ¡Abenhamet! dice con voz baxa, ¡Abenhamet!.... ¿Eres tú?

Sí, responde el Abencerrage, yo soy quien te ha perdido: yo soy quien no puede vivir sin tí: yo soy aquel cuyos tristes dias compraste con el mas funesto sacrificio; quien viene ahora á devolverte el horrible presente que me hizo tu piedad.

Al decir esto, saca el puñal, y levanta el brazo para herirse: Zoraida se arroja, y se lo arrebatada,

¡ingrato! le dice, ¡ingrato! ¡crees que no soy ya bastante desdichada! ¡No he hecho todavía bastante en condenarme por tí al suplicio mas cruel! El cuchillo del verdugo amenazaba tu cabeza, una mano infame iba á cortar tu vida, si Zoraida...

¡Oxalá! exclama Abenhamet fuera de sí, ¡oxalá que todos los tormentos que puede inventar Boabdil, hubiesen sacado gota á gota esta sangre que hierve en mis venas! Yo hubiera bendecido mis dolores: mis martirios me hubieran sido deliciosos, pensando que tú eras fiel, diciéndome á cada tormento que llevaba al sepulcro tu amor. ¡Y qué esperabas tú de tu

debilidad? ¿Pensabas que yo soportaría los días horribles, que no puedo vivir para tí? ¿Que la alegría de librarme de la muerte ahogaría esta pasión violenta que desde los primeros días de mi vida llena y penetra mi corazón? ¿este amor eterno que me ha dado existencia y me hizo virtuoso? No, Zoraida, te engañaste; tú no hiciste mas que dilatar mi muerte, haciéndola mas amarga. Yo he querido que seas testigo de ella, para expiar el crimen que cometiste contra el amor: para perdonartelo en mis postreros suspiros: para decirte, para jurarte por fin, que así que perdí el derecho de amarte, no tuve fuerza para vivir.

Escucha , replicó Zoraida : yo no temo la muerte : si yo hubiera podido verte , hablarte un solo instante.... yo misma te hubiera llevado este puñal , y te hubiera dicho : muramos juntos ; abre primero este corazon en donde estan grabados nuestros eternos juramentos , y líbrate despues con él de la infamia que te preparan. ¿Pero delante de Boabdil ! ¿entre el tirano y tu cadalso !.... El bárbaro habia ya pronunciado la órden de ir á buscar tu cabeza : el esclavo estaba ya en camino.... ¡Ay Abenhamet ! lo que yo hice , tú lo hubieras hecho en mi lugar. Solo una palabra me queda que decirte. El honor me prohíbe verte : el honor

solo es lo que me queda , y no debo faltar á él. El honor me manda no amarte : Dios me niega la fuerza de hacerlo ; pero si tú renuncias á la vida , si te atreves á atentar á unos dias que me cuestan tan caros , juro por tí , por mi padre , que esta mano que te estaba prometida , castigará mi cobarde corazon por un sacrificio tan doloroso , que tu crueldad quiere inutilizar , y que no es mas que una perfidia , si no sirve para salvar á mi amante.

Zoraida le entrega entónces el puñal : Abenhamet , sin ánimo para tomarlo , la mira , la contempla , y arrojándose á sus pies le dice : ¡Ángel celestial ! ¡Qué po-

der tienes sobre mí? una sola palabra de tu boca, una mirada, el sonido de tu voz, destruye todos mis intentos, y me hace mudar en un punto de pensamiento y de existencia. Viviré en fin, pues que así lo quieres: te lo prometo: sufriré mis desdichas, mientras tu voluntad suprema me ordene el ser infeliz: Abenhamet no volverá á verte: no; ... te conozco bien, te amo demasiado para esperar ni desear el mirarte; pero á lo ménos apiadate de mi dolor, por ser la última vez que te implora: dime, dime, Zoraida, dignate de decirme solamente que conservas todavía tu amor á Abenhamet; que siempre habitará en tu corazón; que

ni el tiempo ni la ausencia borrarán nunca aquel primero y dulce sentimiento que llenaba en otro tiempo tu alma. Si quieres que yo lo oiga de tu boca, viviré: sí, te prometo cuidar de mi vida: entonces no la aborreceré, no la miraré con horror: la certidumbre de que tú me amas aplacará mi desesperación.

Abenhamet calla, toma con ardor, y suelta al mismo punto la mano de Zoraida. Ella infeliz vuelve el rostro para ocultarle sus lágrimas: vete Abenhamet, le dice, vete de este sitio terrible: no olvides la palabra que me has dado: no pidas que mi corazón descubra inútilmente lo que mi deber

me prohíbe : mira , reconoce este rosal... Aquí llora Zoraida todas las noches.

Al decir estas palabras , cree oír ruido detras de los rosales , levántase pavorosa , y obliga á Abenhamet á alejarse , retirándose ella al mismo tiempo á su aposento , de donde asomada á un balcon descubre el Generalife , y trémula y sin aliento escucha con atencion , y exâmina los jardines , ayudada de la claridad de la luna. El silencio que reyna en todas partes calma su agitacion y su susto , y fixando los ojos en el rosal amado , que distingue á lo léjos , se entrega á sus pensamientos melancólicos.

Pero el ruido que ántes oyó,

anunciaba en efecto sus desdichas. Miéntras que el imprudente Abencerrage olvidaba , á los pies de Zoraida , el peligro que le rodeaba , quatro Zegries pasáron por detras de los rosales , y reconociendo la voz de Abenhamet , se paran , observan por entre las hojas , y ven el objeto de su odio , aquel que habian concertado perseguir , arrodillado delante de la Reyna , delante de la esposa de Boabdil. Sorprehendidos al verle , pero llenos de alegría , meditan el mas atroz delito , y arrebatándolos el furor , van y buscan al Monarca.

Rey de Granada , le dice Mo-
farix , perdona á tus leales vasa-
llos , que vienen á afligir tu co-

razon , quando de ello depende tu corona , tu vida y tu honor. Los Abencerrages conspiran contra tí: Abenhamet , llamado por ellos , ha hablado ya con sus compañeros: nosotros mismos le hemos visto en este instante , junto á un rosal del Generalife , á los pies de tu criminal esposa , teniendo en sus manos el puñal que ha de traspasar el corazon de su Rey.

Boabdil queda suspenso y sin aliento ; pero la cólera impetuosa ocupa luego el lugar de la sorpresa : morirán todos , exclama , ninguno quedará de esta infame raza , y mi infiel esposa ha de recibir la muerte sobre sus cadáveres.

Véngate, Señor, responde Mo-
farix; pero la prudencia debe ase-
gurar la venganza. Si manifiestas
tu resentimiento, Granada tomará
las armas: los amigos de los Aben-
cerrages los defenderán. Sigue el
consejo que me dicta el zelo: que
tus guardias prendan á Abenhamet
en el Generalife; entretanto una
órden secreta llamará separadamen-
te á cada uno de los Abencerrages,
y á medida que entren en la Al-
hambra, caigan al suelo sus ca-
bezas.

Boabdil adopta el horrible con-
sejo: las guardias corren á regis-
trar los jardines, y los emisarios
del Rey van á llevar á los Aben-
cerrages la órden de venir al pa-

lacio. Los Zegries vienen armados, los soldados toman todas las salidas del Generalife, y los verdugos, puestos en el patio de los Leones, esperan con la cuchilla en la mano á Abenhamet y sus compañeros.

El desgraciado Abenhamet, pensando mas en Zoraida que en sí propio, huía lloroso por las enramadas sombrías, quando los satélites del Rey lo descubren y lo prenden. En vano quiere defenderse, y cargado de cadenas lo llevan ante el Monarca.

Traidor, le dice Boabdil á quien la cólera apenas dexaba articular las palabras; ahora pagarás tu abominable fingimiento, y tus detestables amores. La infame Zoraida

te seguirá pronto : pronto se cumplirán vuestros deseos de veros ámbos reunidos , y allá podreis juzgar si sé castigar la perfidia.

Tirano , responde el Abencerrage , la muerte era el único beneficio que deseaba. Ven á beber de mi sangre , y sacia tus feroces ojos en un espectáculo digno de tí. Pero Zoraida está inocente : lo juro delante del cielo , delante de aquel Dios ante quien voy á verme : jamas la casta..... No acabó , y su cabeza cae al suelo saltando tres veces sobre el mármol , repitiendo confusamente el nombre de Zoraida.

Gonzalo al oirlo , lanza un espantoso gemido. Ay ! replicó la Princesa , esta muerte solo fué el

preludio de los furoros de Boabdil. Apenas habia espirado Abenhamet, quando los Abencerrages llegan sin recelo por diversas partes, é introducidos uno á uno en el fatal patio de los Leones, al momento que se presentan, los asen, los arrastran á la pila de alabastro: allí sin hablarles del delito de que les acusan, sin responder á sus preguntas, sin anunciarles la muerte, vuelan sus cabezas, yendo á manchar las aguas de aquella fuente tan célebre por esta horrible alevosía.

— Mi lengua no puede acabar esta abominable historia: mis miembros se cubren de horror al acordarme de tantos delitos. ¡Gran Dios! ¡Hasta dónde pueden precipitar á

los Reyes la cólera y los funestos consejos! Boabdil, señor, Boabdil, el hijo de mi virtuoso padre hizo asesinar delante de sus ojos treinta y seis heróycos mancebos, la esperanza, la defensa de Granada, que acababan de derramar su sangre por salvar la capital, sin mas delito que ser compañeros de Abenhamet.

En aquella desastrada noche pereciera toda esta ilustre familia, sin un tierno infante criado por el amor de Yezid, el qual no abandonaba nunca á su señor, y le siguió hasta el palacio. Aprovechándose de la oscuridad y de la turbacion, compañera del delito, entra, y llega con Yezid hasta el patio de los

Leones. Apenas había echado los ojos sobre la sangre de que está inundado, ve dar la muerte á su señor. El terror le sorprehende y reprime sus voces: sale con precipitacion horrorizado, bañado en llanto, creyéndose perseguido de la muerte, y corre á refugiarse entre una tropa de Abencerrages, que venian á obedecer las órdenes del Rey.

No os acerqueis, les dice, no os acerqueis, compañeros de Yezid. Yezid, mi señor, mi dulce amo, delante de mí lo degollaron: esta que veis aquí es su sangre: el Rey, los Zegries, los verdugos, os esperan junto á la pila: mas de treinta están tendidos por el suelo:

no os acerquéis, Abencerrages, mirad que han matado á mi amo Yezid.

Los Abencerrages se informan de este testigo fiel, y al través de sus llantos y gemidos descubren la traicion. Al punto salen en busca de sus compañeros, que iban llegando por todos lados, les dan parte del atentado, se juntan, toman las armas, y penetrados de dolor vuelven con ánimo de reducir á cenizas la Alhambra.

Rompen las primeras puertas, y las guardias caen bañadas en su sangre: corren como tigres furiosos, y llegan al patio fatal.... ¡Qué espectáculo! Treinta y seis de los suyos, tendidos sobre el mármol: el

Rey y los Zegries en medio de los verdugos, pidiendo todavía mas víctimas; y las cabezas de sus infelices compañeros, amontonadas en la pila, en donde se agitan y nadan entre las ondas de espuma y de sangre.

El horror dexa inmóviles á los Abencerrages: se miran, y despidiendo gritos horribles, se arrojan sobre Boabdil. Los Zegries, superiores en número, iguales en valor, se ponen delante del Monarca. La noticia corre por la ciudad: los Gomeles, amigos de los Zegries, convocan al pueblo en defensa de su Rey: treinta mil Moros armados llegan, y viendo á su Monarca acometido por la terrible raza, igno-

rantes de su delito , se ponen en su defensa , reuniéndose á los Zegries.

Los desgraciados Abencerrages no pueden defenderse contra tantos contrarios , y á pesar de sus hazañas y de su valor , despues de un largo combate , se ven precisados á dexar el palacio. Cubiertos de heridas , faltos de sangre , perseguidos por los vencedores , cuyo número se aumentaba continuamente, los echan fuera de la ciudad ; y detestando la ingrata patria , que así trata á sus defensores , se alejan de ella , y juran no volver á entrar.

De esta manera perdimos aquella tribu valiente , y esta noche desastrada deshonoró para siempre á

Granada , y quizá preparó su cautividad. Pero el implacable Boabdil solo pensaba en su venganza : su esposa vivia todavía , y habia de experimentar su furor. Las fuerzas me faltan para continuar esta horrible historia : descansad las pocas horas que quedan del dia.

Calló Zulema , y no obstante los ruegos de Gonzalo , dexó para el dia siguiente la historia de las desventuras de la Reyna , que empezó de esta manera.

FIN DEL LIBRO III.

Grande y quise probar su con-
 tinencia. Yo me impicaba. Bóndi
 solo pensaba en una vergüenza: en
 esos veinte tomas y había de
 experimentar su fuerza. Las fuer-
 zas habían para continuar esta heri-
 clostoria: descantando los poetas po-
 us que quedaban del día de la
 Galla. Exultaba con no obstante
 los amigos de González de Córdoba
 claudia sigüente la historia de las
 desventuras de la República que em-
 però de esta manera.

FIN DEL LIBRO III.

SUMARIO DEL LIBRO IV.

La Reyna comparece delante del pueblo. — Sale condenada á perecer entre las llamas, si algun guerrero no toma su defensa. — Estado deplorable de Zoraida. — Escribe á Gonzalo. — Respuesta de Lara. — La Reyna va al suplicio, esperando á sus defensores. — Llegan quatro Turcos. — Combate de estos con los Zegries. — La Reyna queda justificada. — Niégase á volver con Boabdil, y dexa á Granada. — Los Españoles se acercan á la ciudad. — Muley-Hassem va á aplacar á los Abencerrages. — Respuesta de esta tribu. — Quien era Alamar amante de Zulema. — Fuga de la Princesa. — Préndenla los Africanos, y líbrala Gonzalo.

SUMARIO DEL LIBRO IV.

La Reyna comparece delante del
 pueblo. — Sale condenada á parecer en
 tre las llamas, si algun guerrero no
 toma su defensa. — Estado deplorable
 de Norida. — Escríbe á Gonzalo. —
 Respuesta de Lara. — La Reyna va al
 empíico, esperando á sus defensores. —
 Llegan quatro Turcos. — Compare de
 estos con los Xegres. — La Reyna que-
 re justificada. — Niégase á volver con
 Bobdil, y dexa á Granada. — Los Es-
 pañoles se acercan á la ciudad. — Mu-
 ley-Hassam va á aplacar á los Aben-
 cerages. — Respuesta de esta tribu. —
 Quien era Almar amante de Xelma. —
 Fuga de la Princesa. — Préndenla los
 Alcacagos, y librala Gonzalo.

LIBRO IV.

¡Desgraciada de aquella que, víctima de un deber cruel, se vió precisada á sacrificar una pasión dulce, la esperanza y apoyo de su vida! Después de un sacrificio tan doloroso, pensó que el tiempo remediaría á su flaqueza, y tal vez aliviaría sus males. ¡Vana ilusión! El tiempo se detuvo en la época de su infelicidad. Si quiere con el tumulto del mundo, distraerse un instante de su largo padecer, quanto ve lo aumenta: dos esposos felices arrancan sus lágrimas: una

madre rodeada de sus hijos oprime su corazón. Si retirada en la soledad hace nuevos esfuerzos para sacar el dardo que la aflige, aumenta inútilmente y ensancha la herida profunda, entregándola totalmente al silencio á sus tristes recuerdos. La virtud sola es su asilo, y ella es su enemiga: ella la obliga á amar el objeto adorado por quien suspira, y la reprehende por haber faltado á su primer juramento.

Tales eran las tristes reflexiones de Zoraida, en el instante en que los Zegries la acusaban á Boabdil. Ignorando las amargas desdichas que le amenazaban, sola en el balcon de donde se descubria el Ge-

neralife , creia que Abenhamet habia tenido tiempo para ponerse en fuga , por lo que daba gracias al cielo ; y sin poder apartar la vista de aquel rosal , testigo fiel de sus conversaciones inocentes , le dirigia estas palabras :

Rosal, Rosal ¿dó está el tiempo
que me oyó tu sombra amiga

jurar un amor eterno

al que el suyo me ofrecia?

Quando en tí fixaba

la risueña vista

¡ con qué amor tus rosas

su prision cerrada abrian!

Hora , sin amparo

¿ qué harán? afligidas

del pagizo trono

para siempre caen marchitas.

¡ Quántas veces ¡ ay! tu tronco

nos vió en amantes caricias

darle en criñtalinas aguas

su frescor y hermosa vida!

Arbol infelice
 mi recreo un dia
 ya tu solo riego
 serán las lágrimas mias.

Muerte son tus galas:
 ¡pluguiese á mi dicha
 que, al caer, tus hojas
 cubriesen mi tumba fria!

Al acabar estas palabras, oye á lo léjos ruido de gente, y ve llegar presurosa su esclava Ines, jóven cautiva Española, que la habia servido por mucho tiempo, confidente de sus penas, y la mas tierna amiga que tenia en su Corte. La sangre corre por la Alhambra, le dice Ines con voz turbada: los Abencerrages acometen y reducen á cenizas el palacio: yo quise llegar al parage en donde se da el combate, pero las guardias cercan

vuestro aposento , y nadie puede entrar ni salir. ¿Qué nuevas desdichas nos amenazan? Á lo ménos, perezca yo á vuestro lado.

El ruido crece , óyense las espadas de los guerreros , los gritos de los Abencerrages , y las voces de sus enemigos : la Reyna pálida y yerta cae en los brazos de Ines, sin habla ni fuerzas , y solo puede llorar y estremecerse. Pasó la noche en este horror , y apénas los rayos del dia habian al parecer vuelto el sosiego , los satélites de Boabdil se presentan á Zoraida , con órden del Rey para que se transfiriese al punto ante la asamblea del pueblo.

Turbada y llena de espanto , les pregunta la ocasion de aquel men-

sage; pero los duros ministros guardan el silencio. La Reyna obedece al punto, se apoya sobre su cara Ines, y escoltada por los soldados, marcha con trémulo paso hácia la plaza. Llega, y pasa entre el pueblo, enternecido con su aspecto, busca al Rey que al fin descubre entre los Zegries, alza el velo, y con voz tímida pregunta á su bárbaro esposo, cuál es su delito.

Sabráslo, responde Boabdil con voz ayrada, y, volviéndose al pueblo que atento le escucha, Musulmanes, les dice, en esta memorable noche, creisteis librar solo mi vida, quando habeis salvado el estado. Sabed los pérfidos designios de los alevosos Abencerrages, que

acabais de echar fuera de vuestros muros. Un vil tratado con los Españoles, les habia prometido mi cabeza. Vosotros mismos los habeis visto acometerme en el seno de mi palacio, y en habiéndome sacado el corazon, Granada debia ser pábulo de las llamas que ardian en sus manos.

La patria os debe su salud: vuestro Rey os pide su honor. Abenhamet, el ingrato á quien mi bondad perdonó la vida, era el asesino, escogido por sus compañeros. Mi esposa criminal era cómplice, y esta misma noche la encontráron con Abenhamet en el Generalife. El pudor no me dexa decir lo demas. Musulmanes, yo acuso á Zo-

raida delante de vosotros : vosotros vengareis el ultraje cometido contra la Religion , contra las Leyes, contra vuestro Monarca.

Zoraida enmudece sorprendida y horrorizada. El confuso mormullo del pueblo indica que no la juzga culpada. Entónces se presentan Mofarix , Alí , Sahal , Moctader , quatro de los mas valientes Zegries , y declaran haber visto á la Reyna entre los brazos de Abenhamet , junto á un rosal del Generalife : todos quatro lo juran , y desnudando los alfanges prometen mantenerlo. Zoraida los escucha , fixa en ellos la vista indignada , levanta los ojos al cielo , y cae sin conocimiento.

Llévanla al palacio , en donde

su aposento le sirvió de cárcel. Nombráronse al instante diez Jueces, y el Rey mandó traer ante ellos la cabeza de Abenhamet, el puñal que le encontraron, y el vestido de esclavo con que venia disfrazado: funestos indicios, que juntos con el asalto del palacio, la fuga de los Abencerrages, y el testimonio de los temibles Zegries, persuaden ó intimidan. Ninguno se atreve á defender la causa de Zoraida, y la fugitiva piedad del pueblo se desvanece del mismo modo que nació. Las leyes, los testigos, las pruebas del crimen, fuerzan en fin á los Jueces á pronunciar la horrible sentencia, desterrando para siempre de Granada la tribu de

los Abencerrages, y condenando á la Reyna á perecer entre las llamas, si dentro de tres dias no encuentra quienes triunfen de sus acusadores.

El palacio del Albayzin, que mi padre habitaba con su familia, está en la cima de una alta colina distante de la Alhambra. Nosotros fuimos los últimos que supimos tantas desdichas. Almanzor, acusándose la muerte de Abenhamet, vuela al aposento de la Reyna, y pide hablarla. Boabdil no se atrevió á negarlo á Almanzor. Muley Hassem, Moraima y yo seguimos á mi hermano, y llegamos al punto en que la desgraciada Zoraida oia la sentencia de los Jueces y la muerte de Abenhamet.

No pretendo, señor, pintaros su lastimoso estado. Tendida sobre el mármol, los ojos desencajados, los cabellos dispersos, el rostro desfigurado, lanzaba sordos gemidos, mal articuladas palabras, que nada tenían del humano acento: las manos y pies, todo el cuerpo, lo agitaba un horrible temblor. La fiel Ines, anegada en llanto, sentada á su lado, sostenia sobre el seno su cabeza, regándola con sus lágrimas, procurando contener sus manos que las convulsiones le arrancaban continuamente. Corrimos á ella; pero apenas nos conoce. Sin responder ni defenderse de nuestros halagos, se dexa llevar sobre una alfombra, en donde, cercándola todos, la sos-

teníamos en nuestros brazos. El venerable Muley pone sobre sus blancas canas el rostro de Zoraida; y Almanzor, cruzadas las manos, la contempla inmóvil y pensativo.

Pasó el día sin que pudiese entender nuestras palabras, y su esclava nos pidió que la dexásemos reposar. Mi hermano, resuelto á cumplir el generoso intento que había meditado, sale á buscar, en el patio fatal de los Leones, los despojos sangrientos de Abenhamet, y en un valle distante de la ciudad les tributa sus últimos deberes, y oculta en un bosque espeso el sepulcro del desgraciado amante.

Miéntras que cumple estos oficios tristes, Muley Hassem vuelve

con Moraima á su palacio , y no obstante las instancias de Ines , me quedé á asistir á Zoraida sin desampararla un punto. Ines entónces echándose á mis pies , manifestando en su rostro el regocijo , me dice : vos que tomáis tanto interes en la desgraciada suerte de mi señora , vos que me ayudariais sin duda , si pudiese salvar su vida , juradme , por todo lo que sea mas caro á vuestro corazon , que no descubrireis el secreto que voy á confiaros.

Levántola y prometo eterno silencio. Entónces toma mi mano , y juntándola con la de la Reyna , las aprieta ámbas contra su corazon , y nos dice : oidme , y oxalá aprobeis

lo que el cielo me dicta. Dos dias quedan á Zoraida para encontrar quatro guerreros que la defiendan. Sus detestables acusadores, son el terror de Granada, y los privados del Rey, y ningun moro se atreverá á oponérseles: los mas valientes temerán la cólera de Boabdil, y el poder de sus adversarios: Zoraida perecerá, si esperamos su defensa de los Granadinos. Yo soy Española y christiana; conozco los caballeros de mi nacion, y sobre todo conozco á Gonzalo, á cuyo nombre tiemblan vuestros exércitos, en quien las virtudes y la humanidad exceden con mucho al valor. La Reyna ha de escribir á Gonzalo, tomando al cielo por tes-

tigo de la justicia de su causa, y poniéndola entre sus manos. Gonzalo llegará al momento: solo ó acompañado de otros héroes le vereis triunfar, y dar á mi señora la vida y el honor que quieren arrebatarle.

Esto dixo la amable Ines: Zoraida la escucha apénas: Dexadme morir, responde, yo deseo y pido la muerte; yo soy la causa de la muerte del hombre mas tierno y virtuoso: Abenhamet feneci6 por mí; yo deseo, yo quiero seguirle, yo debo.... Debeis salvar vuestra fama, responde la cautiva, debeis baxar al sepulcro pura y honrada como habeis vivido. ¿Quereis que vuestra memoria quede manchada

de la sospecha de un delito? ¿Queréis que acompañe la ignominia vuestros últimos momentos, y el nombre horrible del adulterio empañe la lápida de vuestro sepulcro? Hija de Ibrahim, vuestra es la vida; pero el honor es de Dios, y debéis dar cuenta de él á los hombres. Reconozcan vuestra inocencia, publíquenla, respétenla, y luego morid si quereis.

Admirada de estas palabras, pronunciadas con tono fuerte, la Reyna abraza á su cautiva, y se entrega á sus consejos. El temor del deshonor le vuelve las fuerzas perdidas. Exâminamos juntas el osado proyecto de Ines, y pesamos sus dificultades. La guerra estaba de-

clarada : Isabel y Fernando se acercaban para sitiarnos : Gonzalo no podia llegar á nuestros muros , sin exponerse á sumo riesgo : su brazo terrible quizá no era suficiente contra quatro esforzados Zegries : el temor de disgustar á sus Reyes detendria al Castellano , sin poder encontrar otros tres compañeros que necesitaba. Á pesar de estas tristes reflexiones , y de la poca esperanza del socorro , la Reyna aprueba el intento , y aprovechando los instantes preciosos , escribe á Gonzalo estas palabras :

“ Vos sois enemigo de los Mo-
 ”ros : yo soy su desgraciada Reyna,
 ” y vengo á implorar vuestro am-
 ”paro. Hállome condenada á muer-

„ te, y pongo por testigo al Dios
 „ que adoro y el que vos adorais,
 „ que jamas tuve culpa alguna.
 „ Dentro de dos dias espiraré en-
 „ tre las llamas. Mi suerte no pue-
 „ de evitarse, sino venciendo qua-
 „ tro guerreros los mas valientes de
 „ los Zegries. Yo he escogido á
 „ Gonzalo por defensor mio. Si es-
 „ te héroe se niega, por la primera
 „ vez, á socorrer la inocencia, cree-
 „ ré que el cielo quiere mi muerte,
 „ y la sufriré sin quejarme. = Zo-
 „ raída, Reyna de Granada.”

Cerrada la carta, buscó un Cau-
 tivo Español que el oro puso en
 libertad, pidiéndole solamente, en
 prueba de su reconocimiento, el
 entregarla á Gonzalo, aumentando

su zelo, confiándole la importancia del mensaje, é instruyéndole en lo que ha de decir para mover al Castellano. Aquella misma noche lo llevé hasta las puertas de la ciudad, en donde ya le esperaba un caballo, sin dexarle hasta haberle visto tomar el camino del campo de los Christianos.

Vuelvo entónces mas tranquila, aunque siempre con sobresalto, y doy cuenta á la Reyna de lo que habia hecho. Llorosa me abraza, su esclava la consuela, prodigándole tiernas caricias, la anima, exâminando el tiempo que necesita el correo, el que gastará en venir Gonzalo; y segura de que no hay obstáculo que detenga á aquel hé-

roe , nos anuncia , y nos afirma que le verémos en Granada al principio del tercer dia.

El cautivo , fiel á su palabra , llega al campo al despuntar la aurora , y pregunta en alta voz por Gonzalo ; pero ¿quál fué su dolor al oír que Gonzalo habia partido de allí ? Gonzalo , nombrado Embaxador de Fez , surcaba los mares de África. El Español derrama copioso llanto , quejándose al cielo de su suerte. Un soldado , movido de su dolor , le exhorta á ver al compañero del héroe , al valiente y generoso Lara. Al punto corre á su tienda , le habla en secreto , le confia lo que habia de decir á Gonzalo , y le entrega la carta que traia.

Lara la abre, y, al leerla, su rostro se anima, sus mexillas se encienden, se inflaman sus ojos: Amigo, dice al cautivo, vuelve al instante á la Reyna; dile que Gonzalo está ausente, pero que dexó aquí otro Gonzalo. Mañana me verá Granada con tres de mis compañeros. Gonzalo dexa siempre á mi cargo todo el bien que él no puede hacer; y si su corazón conociera la envidia, solo seria quando yo voy en su lugar á defender á los oprimidos.

Al oír esto, Gonzalo conmovido no puede reprimir su admiracion. La amistad recoge las lágrimas que caen de sus mexillas: Gonzalo pide perdon á la Princesa, y Zule-

ma perdona fácilmente todo lo que prueba que el héroe es sensible.

El cautivo, prosigue diciendo, vino á traer la respuesta de Lara. Vuestros acusadores estan vencidos, exclamó Ines : Lara, igual á Gonzalo, Lara seria su rival en la gloria, si no fuera su mas fino amigo. Mañana, mañana se descubrirá vuestra inocencia, y obtendrá justa venganza la sangre de los Abencerrages.

La alegría saca de sí á la cautiva : besa las manos de la Reyna, nos cuenta todas las hazañas de Lara, y todos los hechos de armas, que ilustráron á los caballeros de su nacion. La esperanza, que arde en su corazon, se comunica á Zo-

raida: su llanto cesa, y su alma goza Vde. un instante de reposo, brillando en sus ojos una alegría débil y fugitiva.

La mañana siguiente estaba señalada para el combate. La ciudad entera lloraba á Zoraida; pero ninguno se atrevia á defenderla. Desde la partida de los Abencerrages, no tenían apoyo los infelices. Almanzor vino ántes de rayar la aurora: Reyna de Granada, dice, el dia fatal es llegado. Ni mi diligencia ni mi zelo, os ha encontrado defensores: me avergüenzo por mi patria; pero no por eso dexaré de hacer lo que debo. Yo solo pelearé contra los quatro Zegries: yo solo basto para salvaros, si, como

mi corazón lo cree, el Dios del cielo protege la inocencia. Venid, Reyna, declarad que poneis en mis manos vuestra causa; y tú, hermana, si perezco, á tí te encargo á Moraima y á Muley-Hassem.

Al oír estas palabras, pronunciadas con el sosiego de un alma grande que cree cumplir un simple deber, Zoraida toma las manos de mi hermano, y con repetidos sollozos le dice: generoso Almanzor, siempre esperé de vos estas nobles demostraciones de heroísmo y de bondad; pero sería digna de mi suerte, si por salvar mis tristes días expusiera los del apoyo de Granada, del hijo único de Muley-Hassem, del tierno esposo de Mo-

raima , del héroe cuyas virtudes
 desarman al Ser Eterno , pronto á
 castigar esta iniqua ciudad. No,
 señor , no , yo debia buscar unos
 defensores que , despues de la vic-
 toria , pudieran despreciar la ven-
 ganza de Boabdil. Estos los encon-
 tré , y pronto llegarán. Solo os pi-
 do , os conjuro por la suma sensi-
 bilidad , que habeis mostrado en mis
 males , por aquel amor de la justi-
 cia , norma eterna de vuestras ac-
 ciones , que veleis con vuestros ami-
 gos , con los míos , si todavía me
 queda alguno , en la seguridad de
 mis defensores ; para que no ten-
 gan que temer dolo alguno , y que
 la lealtad presida el combate. Per-
 donad , señor , estas sospechas : Zo-

raida puede justamente recelar de los Zegries.

Almanzor maravillado me mira, y respeta el secreto de la Reyna: prométele guardar el palenque, y ser él mismo el juez del campo, y va á prepararse al instante.

En tanto Zoraida ve acercarse la hora, se recoge algunos instantes, y puesta de rodillas ante el Ser Eterno, le dirige una fervorosa súplica, le implora en favor de sus defensores, disponiéndose á parecer en su presencia, si así es su voluntad. Levántase con semblante tranquilo, me da gracias por el consuelo que de mí habia recibido, me habla de su reconocimiento, y pide al Todopoderoso me haga mas

feliz que ella ha vivido.

Miéntras yo enxugaba mis lágrimas, ella vuelta á su cautiva le presenta un cofrecillo en donde estaban sus joyas: cara mia, le dice, recibe, delante de Zulema, la libertad y estos tristes presentes, vestigios únicos de mi fatal grandeza: acéptalos, fiel Ines, como la última prueba de mi ternura, y el único beneficio que puede hacerte tu Reyna. Si el cielo ha resuelto mi muerte, ellos traerán á tu memoria á Zoraida, en tu patria te facilitarán un retiro pacífico, en donde alguna vez pensarás en mí. Sobre todo modera el dolor. El único poder que conservo sobre tí, es para mandarte que vivas, para

pedirte que te acuerdes que solo á tu tierno zelo, á tu fina amistad, debí los únicos momentos dulces que pasé.

Al acabar estas palabras la abraza: Ines se echa á sus pies, estrecha sus rodillas, é inunda en llanto á su señora. Yo reprimo mis sollozos y las separo, dando fin á una escena tan tierna, capaz de agotar las fuerzas que tanto necesitabamos. Zoraida penetra mi pensamiento, lo aprueba con sus miradas, dexa los brazos de Ines que la sigue affligida, y entra á ponerse el vestido de luto. Un espeso velo oculta su rostro, y un manto negro la cubre hasta los pies. La cautiva y yo, resueltas á acom-

pañarla , nos ponemos igualmente el lúgubre vestido , y esperamos en silencio que vengan á buscarnos las guardias.

Llegan en fin , precedidas de los Jueces. La Reyna los recibe con respeto , sin afectar la tranquilidad que podia parecer orgullo , ni mostrar el abatimiento que solo conviene á los delinqüentes. Síguelos, y sube en el carro ; yo me coloco á su lado , Ines se pone á sus pies. Seis caballos , cubiertos de fúnebres velos , nos conducen lentamente á la plaza , llena de un gentío inmenso. En ella estaba preparado un gran palenque circundado de barreras : cerca estaba el cadalso cubierto de negro : mas allá se veía una

hoguera. Á su vista , la Reyna trémula cayera desfallecida en mis brazos ; pero Ines la sostiene , y , recogiendo todas sus fuerzas , llega en fin al cadalso , siéntase sobre los lúgubres asientos que estaban preparados , estrechando mis manos entre las suyas , suplicándome con voz baxa que no la abandonase. Las lágrimas ahogaban mi voz , sin dexarme responderle.

Los Jueces leen la sentencia , los gemidos del pueblo se escuchan al oirla , y al son de las trompetas aparecen el terrible Alí , Mofarix , Sahal , Moctader , montados sobre soberbios caballos , vestidos de resplandecientes armas , atravesando la multitud , mirándola con ojos fero-

ces; pero al llegar delante de la Reyna, apartan ó baxan la vista. Zoraida los mira, y se acerca mas á mí. Los Zegries entran en el palenque, mi hermano sale entónces cubierto de una coraza brillante, acompañado de tropa de Alabeces armados, cierra la barrera, y lo proclaman Guarda del campo.

Los Imanes, el pueblo, los Jueces, conservan profundo silencio. Inmóviles todos en sus lugares, puestos los ojos en Zoraida, en los Zegries, en la hoguera, esperan impacientes los defensores de la que excita la compasion universal, y la dexan perecer. La Reyna cuenta los instantes, vuelve la vista hácia la puerta de España, y no vien-

do venir á ninguno, mira á Ines y suspira. Ines pálida, atenta, acongojada, teme ya que algun desgraciado accidente haya detenido al valeroso Lara. El tiempo vuela, el relox suena, y cada vez que se oye, se levantan los Jueces, van á los quatro lados de la plaza, preguntando, en voz alta, por los defensores de la Reyna, volviendo á sentarse enmedio del lúgubre silencio. Cinco veces repitiéron su demanda, y cinco quedó sin respuesta. Almanzor me mira lleno de horror, va, vuelve, marcha, se inquieta, manda traer su caballo, pide su lanza: tres veces va á abrirse la barrera á sí propio, tres veces se detiene, escucha, y me

muestra con los ojos el sol cercano al horizonte.

Las cinco habian ya dado, quando al extremo de la plaza, opuesto á la puerta de España, se oye ruido de caballos, que excita los clamores del pueblo. Abre el paso la multitud, y entran quatro guerreros, puestos á la turca, con vestidos y armas de Asia, montados sobre ligeros caballos. El uno entraba apénas en la adolescencia, los otros dos estaban en la flor de la edad, y el último, mostrando en su blanca barba sus largos años, sostenia un fuerte escudo, que manejaba sin pesarle. Páranse delante de Zoraida, salúdanla respetuosamente, y aquel que parecia el xe-

fe se echa con ligereza al suelo, y pide á los Jueces , en lengua turca , licencia para hablar á la Reyna. Almanzor le observa atentamente , y le dice se explique en Arábigo. El Guerrero lo executa, y mi hermano , de órden de los Jueces , lo conduce al cadalso, en donde el extrangero arrodillado delante de Zoraida , alza la voz y dice :

Reyna , nosotros somos vasallos del invicto Monarca que rige dentro de los muros de Stambol, que ibamos á Tunez á llevar las órdenes de su Alteza. Una tempestad nos arrojó sobre estas costas, en donde la fama nos ha instruido de que vas á padecer horrible

muerte, víctima de la calumnia. Acepta el socorro que te envia el cielo: dignate de confiarnos tu causa; que toda nuestra sangre, derramada por tí, hará ver tal vez á Granada, que los Asiáticos saben vencer ó morir por defender la virtud.

En diciendo esto, el aplauso general se escucha, y el Guerrero de oriente se inclina hasta la tierra, cruza los brazos sobre el pecho, y dexa caer á los pies de la Reyna la carta que escribió á Gonzalo. Ines toma el papel, lo reconoce al punto, y, sin poder casi reprimir su alegría, dice con voz baxa: este es Lara, estos son nuestros amigos. Lara la oye, da una

mirada , y acaba así de convencer á la Reyna , la que disimulando el contento le dice : yo os acepto y os miro como enviados del mismo Dios , y pido á él que espere al instante , si vais á defender un delinqüente.

El Guerrero se alza , mi hermano le guia , y manda abrir la barrera. El Turco , montado sobre su caballo , blandiendo la lanza terrible , y seguido de sus tres compañeros , entra en el palenque , y vuélvelo á cerrar Almanzor.

Los quatro valientes caballeros eran el invicto Lara , el jóven Hernan Cortes , digno discípulo de Gonzalo , el animoso Aguilar , pariente de este héroe , y el vene-

rable Tellez , Gran Maestre de Calatrava. Lara los habia elegido para asociarlos á su noble empresa , y temerosos todos de que Fernando se opusiese á sus intentos , habian salido del ejército en secreto. El parecer de Tellez les hizo disfrazarse en Turcos , habiendo de ir á una ciudad enemiga , en que el derecho de la guerra podia hacerlos prisioneros. El tiempo necesario para estos preparativos , el rodeo que habian tomado para llegar por el lado de Murcia , fuéron causa de su tardanza.

Los ocho Guerreros estan ya en el palenque , midiéndose con los ojos , exâminándose algunos instantes para elegir sus adversarios. La-

ra se pone delante de Alí, el mas formidable á su parecer; el anciano Tellez delante de Mofarix, autor de la abominable calumnia; Aguilar se encara con Sahal, y Cortes con Moctader. Dase la señal, los ocho combatientes se avanzan.

En el primer choque ninguno cae por tierra; pero el caballo de Cortes recibe una herida mortal, y, conociendo su desfallecimiento se echa prontamente al suelo, cúbrese con el escudo, y espera con la espada en la mano á su enemigo que, aprovechándose del acaso, vuelve para atropellarle. Cortes se retira con ligereza, y envayna la espada en el vientre del caballo. Moctader cae, va á levantarse, y

ya está herido , aumentando su furor la sangre que derrama. El joven Español , ménos robusto que el Moro , procura evitar los golpes , se retira , huye al parecer para que Moctader persiguiéndole se fatigue , pierda el vigor , y le entregue al fin la victoria.

En este tiempo , el valeroso Aguilar habia hendido la cabeza de Sahal. Con ánimo sereno , cerca de su víctima , tiende la vista hácia sus compañeros , y ve al venerable Tellez , debilitado con dos heridas profundas , acosado de Mofarix , que levanta el sable para herirle. Aguilar despide un grito terrible: Mofarix vuelve la cara , Tellez se aprovecha de este movimiento , y

hiere á Mofarix por debaxo del brazo. El Zegrí cae , el anciano se arroja sobre él , le vuelve á herir, le desarma , dexándole de propósito algunos instantes de vida. En este punto , Cortes perseguido se para delante de Moctader , le presenta el filo de la espada , y le pasa la punta por las entrañas , cerrando sus ojos eterno sueño.

Pero el formidable Alí sostenia un combate mas igual contra el magnánimo Lara. Á los primeros golpes habian volado por el ayre los cascos y los petos. Las heridas les inflaman la cólera , y , no pudiendo desde sus ligeros caballos descargar sus golpes tan cerca como quisieran , se echan al suelo á

un mismo tiempo , y se embisten mas enfurecidos. La victoria estaba dudosa todavía , el pueblo guardaba profundo silencio , Zoraida, Ines y yo , los contemplabamos pavorosas , quando Alí , turbado á la vista de sus compañeros inmolados , sintió debilitarse su valor. Lara cobra nuevo ardor , é indignado de ser el último en triunfar , para con el sable los tajos que amenazan su cabeza , saca con la mano izquierda el puñal , se arroja á su enemigo , lo aprieta entre sus fornidos brazos , le mete dos veces el acero en el pecho , y lo arroja sobre el polvo.

El pueblo prorrumpe en alegres aclamaciones , y la Reyna se des-

vanece en nuestros brazos. Miétras nosotros procuramos volverla á la vida, Almanzor corre, abraza á los vencedores, y les ofrece su palacio para descansar. Príncipe, le dice el anciano Tellez, mostrándole á Mofarix cerca de espirar; haced llevar ese Zegrí delante de los Jueces, que quizás tocado del arrepentimiento confesará su delito, dando honor á la verdad. Mofarix lo oye, abre los ojos, los Jueces se acercan, y dice: yo he merecido mi suerte: Zoraida estaba inocente: Abenhamet solo pretendia morir á sus pies. Su conversacion funesta no fué criminal: el Dios del cielo me perdone; y los Zegries, aprovechándose de este

exemplo terrible..... No acabó , y la dura parca lo arrebató. Los Jueces publican su última confesion.

Los quatro vencedores se disponen para volverse ; y sin embargo de sus heridas , no obstante los ruegos de Almanzor , saludan á la Reyna , cuyas lágrimas manifiestan su reconocimiento , y , cubiertos de sangre y de gloria , admirados y bendecidos por el pueblo , se encaminan por donde viniéron , acompañándolos Almanzor y los Alabeces hasta las puertas. Allí los dexan los quatro Españoles , y marchan á la espesa selva , en donde les esperaba la gente de su séquito.

Boabdil , sabedor del suceso y de la tarda confesion del Zegrí,

viene á la plaza , y sube al cadalso. Zoraida lo descubre , se estremece , aparta la vista , y cae en nuestros brazos. Boabdil , arrodillado delante de ella , implora el perdón de tantos ultrajes , jurando repararlos con eterno respeto , y le suplica que venga á la Alhambra á reynar sobre su pueblo y sobre él mismo.

Al oír esto , la indignacion vuelve á Zoraida las fuerzas. ¿Qué osas proponer? le dice : Dios y este pueblo son testigos de que me has entregado á la ignominia , de que me has condenado á muerte. El cielo descubrió mi inocencia ; la ignominia ya no la temo ; pero si he de vivir en tu poder , si he

de volver á las manos de un verdugo , pronta estoy , que enciendan esa hoguera ; yo renuncio el triste beneficio , debido á esos extranjeros. Granadinos , entregadme á las llamas , ó libradme de este tirano.

Dixo , y óyense en todas partes los clamores , gritando que la Reyna está libre , que los lazos del himeneo se rompiéron. Los Jueces y los ancianos se acercan , y declaran á Boabdil que Zoraida libertada del suplicio , murió para su esposo. El monstruo guarda el silencio , sin atreverse á irritar á sus vasallos , temiendo ofender las leyes que tantas veces habian ocultado sus delitos. Forzado por la

primera vez á refrenar su cólera, va á ocultar en la Alhambra su despecho, sin poder desvanecer los remordimientos.

Zoraida lo conoce, y quiere al instante salir de Granada. Almanzor le ofrece su carro, y con los Alabeces la acompaña hasta Cárta-ma, en cuya ciudad se habian refugiado los desgraciados compañeros de Abenhamet. En habiéndola puesto entre sus manos, vuelve Almanzor y nos avisa que, á dos millas de nuestras murallas, se hallaban los Españoles.

El comun peligro apagó los odios. Los Alabeces y Almoradies, olvidando sus resentimientos, se reunen á los Zegries, y todas las

tribus reconciliadas van á jurar á Boabdil de morir por la patria: mi hermano, nombrado General, prepara la defensa mas terrible: el venerable Muley, pensando solo en salvar el imperio, abraza las rodillas de su hijo, y le suplica que remedie la injusticia hecha á los Abencerrages, llamándolos á nuestros muros.

El temor obligó á Boabdil á consentirlo, nombrando los Embaxadores que habian de llevar á la tribu valiente las disculpas y los presentes del Rey, convidándolos á volver á tomar posesion de sus bienes, sus empleos y sus dignidades. Mi padre se encargó en persona de ser el xefe de los envia-

dos. Parte, llega á Cártama, junta la noble familia que, á su vista, manifiesta la alegría y el amor. Muley se humilla por Boabdil hasta los ruegos mas sumisos; se lastima de la triste suerte de los Reyes, rodeados de engañosos adula-dores; disculpa la corta edad de su hijo, les habla del riesgo en que se ven la Religion, las Leyes, la Patria, y emplea en favor de un ingrato, aquella eloqüencia del alma, único arte que sea lícito á la virtud.

En acabando su discurso, Zeir, nuevo Capitan de los Abencerrages, recoge los votos de sus compañeros, y se encarga de responder en nombre de todos. Rey de

Granada , le dice , pues nosotros solo á tí reconocemos por Rey ; en este punto acabas de recibir la prueba mas patente de respeto , la mas difícil á nuestros corazones : todos te hemos escuchado hasta el fin ; óyenos ahora á nosotros. Todos estamos prontos á morir por la Religion y por tí ; pero si hubiera un Abencerrage tan indigno , tan vil , que perdonase á Boabdil , le inmolaríamos al momento. Boabdil.... ¡ Gran Dios ! su nombre solo excita nuestro furor. Muley , no vuelvas á pronunciarlo , y procura no recordarnos que tú fuiste tan desgraciado , que diste el ser á ese monstruo.

Pero los Tiranos pasan , y la

Patria queda. La Patria está en peligro : todos perecerémos por defenderla. Cártama es nuestra : nosotros sabrémos conservar esta plaza inexpugnable : en ella vivirémos independientes, y muchas veces saldremos para ir á pelear debaxo de vuestros muros, y derramar nuestra sangre en defensa de nuestros asesinos. No pidas mas, Muley: jamas los Abencerrages entrarán en Granada, miéntras Boabdil infecte el ayre que allí se respira.

Así habló Zeir : sus compañeros lo aplauden, apartando, llenos de horror, los presentes que les traían, y mandan á los Embaxadores que salgan al punto de la ciudad. Muley resiste á las tiernas instancias

con que quieren detenerle, y vuelve á dar al Rey la respuesta de la soberbia tribu. Yo pregunto por Zoraida ; pero ya no estaba en Cártama, y acompañada de Ines habia desaparecido. La inquietud fatigó mi corazon, y las lágrimas corriéron de mis ojos. Mas ¡ ay, quán pronto debia llorar mis propias desdichas!

Boabdil habia enviado por toda el África á solicitar el socorro. Las tribus errantes de los Bereberes, pueblos pastores del pie del Atlas, enviáron seis mil hombres de á caballo, capitaneados por el jóven Ismael y su esposa Zora, amantes felices y amables, cuyas costumbres dulces y puras, cuya union

tierna debería servir de exemplo á todos los mortales. Acompañábalos el Príncipe Alamar , famoso en Etiopia por su valor y fortaleza, el qual acudió con diez mil negros á defender nuestros muros. Boabdil le recibió como á su Dios tutelar, prodigándole caricias y promesas, y la conformidad de los genios los unió muy pronto con estrecha amistad.

Yo tuve la desgracia de agradar al feroz Alamar. Incapaz de aquel respeto tierno , de aquella tímida delicadeza , que hacen contagioso el amor, el temerario Africano osó declararme sus deseos. Alamar no nació para que le perdonasen tanta audacia : los ojos ardientes y fe-

roces, su agigantada estatura, el negro rostro, solo podian inspirar el horror. Me estremezco al oirlo; pues su valor sanguinario, despreciando el cielo y los hombres, habia excitado en mi alma una aversion insuperable. Respondíle con la fiereza que convenia á mi nacimiento, y sobre todo á mis sentimientos, procurando no ofender al aliado de mi patria, el temible amigo de Boabdil.

Por este tiempo la Reyna Isabel, despues de haber reunido su ejército al de Fernando, sentó sus reales delante de nuestros muros, anunciándonos que habia resuelto perecer ó tomar á Granada. La respuesta de Boabdil fué enviar el

Príncipe Africano contra el campo Español. Alamar llevó el terror hasta la tienda de la Reyna, venció quantos guerreros se le opusieron, hizo una matanza horrible de Christianos, y volvió glorioso pidiendo á Boabdil mi mano en premio de su victoria. Boabdil se la concedió gustoso, y traxo él mismo al Africano al palacio de mi padre, declaró al infeliz Muley que habia prometido su hija, diciéndome que al dia siguiente seria esposa de Alamar.

20 Mi padre no tenia autoridad para defenderme: Almanzor se hallaba en las Alpujarras juntando tropas. Sin mas defensa ni mas auxilio que mis lágrimas, inútiles con mis

tiranos , mi única esperanza era mi valor , y la desesperacion me dictó lo que habia de hacer.

Busco á la jóven Zora , aquella valiente amazona , venida con los Bereberes á defender nuestra patria. Desde los primeros dias , sentia al verla aquella inclinacion involuntaria que nos inspira la virtud. Zora conocia y se lastimaba de mis desdichas : ella aborrecia á Alamar. Confíome á su zelo , pidiéndole su socorro , y la piadosa extranjería dispuso mi fuga , mandó que me acompañasen treinta de sus valerosos Numidas , les tomó juramento de defenderme , de morir ántes de abandonarme , y , fiada en su fidelidad , me abrió , en el silencio y

oscuridad de la noche, la puerta que custodiaba. Salgo de Granada, rodeada de mi escolta, sin saber todavía adonde guiaría mis pasos. La ciudad de los Abencerrages era el asilo mas seguro ; pero su xefe Zeir y dos de sus hermanos suspiraban por mí, y yo no queria confiar mi vida á mis amantes, aun siendo virtuosos. El palacio solitario de Málaga, que mi padre Muley-Hassem me habia dado en otro tiempo, me pareció que podria ocultar mis dias á las pesquisas de Alamar, y desde allí instruir á mi hermano de la violencia que se hacia á mi voluntad. Tomo pues este camino, andando solo de noche, de miedo de ser sorprehen-

dida , rogando al cielo que me librase de caer en manos de mi enemigo.

Mis ruegos fuéron vanos ; pues apenas habia llegado á las orillas del mar , quando me ví cercada del esquadron de Alamar. Los valerosos Bereberes se oponen y me defienden ; pero el número los vence , los asesina , ó los carga de cadenas. El Capitan de los horribles negros me lleva desmayada á una nave , que le esperaba no léjos de la orilla , y me anuncia que su Señor , queriendo asegurar su esposa , mandaba me llevasen á sus estados.

Mis desdichas habian llegado al

colmo , y solo la muerte podia librarme de la suerte infeliz que me aguardaba. Yo quise buscarla en las olas , durante la tempestad, pero los soldados me atáron al mastil de la nave. Lo demas ya lo sabéis : vuestro valor sobre humano me salvó de aquellos bárbaros, pero mi desgracia nos ha traído á los estados de Boabdil. Los peligros , que me amenazan , me estremecen ; sin embargo no sé qué secreto consuelo siento dentro de mí , quando pienso que vos me defendeis.

Así acabó la hermosa Zulema, y Gonzalo , gozoso de haberla oído , apénas puede contener su ale-

gría. Agitado de pensamientos varios, entrega su alma á la esperanza, á la tristeza y al temor, y Zulema le dexa enagenado en sus sentimientos.

FIN DEL LIBRO IV.

que agitado de pensamientos va-
 rios, entrega su alma a la espe-
 ranza, a la tristeza y al temor.
 Xelaña se dexa engañado en sus

sentimientos, en combates de amor
 y de temor, de esperanza y de

tristeza, de temor y de esperanza,
 de esperanza y de temor, de

temor y de esperanza, de esperanza
 y de temor, de temor y de

FIN DEL LIBRO IV.

de temor y de esperanza, de esperanza
 y de temor, de temor y de

esperanza y de temor, de temor
 y de esperanza, de esperanza

y de temor, de temor y de
 esperanza, de esperanza y de

temor y de esperanza, de esperanza
 y de temor, de temor y de

SUMARIO DEL LIBRO V.

Impresion que hace en Gonzalo la narracion de Zulema. — Situacion de los dos amantes. — Continúase el sitio de Granada. — Fiestas que da Isabel al ejército. — Sueño y terror de Moraima. — Vigilancia de Alamar. — Almanzor parte con Alamar para sorprender á los Christianos durante la noche. — Ataque é incendio del campo de Isabel. — Hazañas de Alamar y Almanzor. — Muerte del Príncipe de Portugal, y desconsuelo de su esposa. — Almanzor no quiere entrar en Granada, y sienta su campo enfrente de los Christianos. — Pavor de los Españoles. — Discurso religioso de Isabel para animar las tropas.

SUMARIO DEL LIBRO V.

Imprenta que hace en Gortalo la
 narracion de Zulema. — Situacion de
 los dos rios. — Continuase el sitio
 de Granada. — Hueras que da Isabel al
 exercito. — Seno y tierra de Mo-
 rama. — Vigilancia de Almanzor. — Al-
 manzor parte con Almanzor para con-
 prender a los Christianos durante la
 noche. — Alamo e incendio del campo
 de Isabel. — Hueras de Almanzor y Al-
 manzor. — Morte del Emperador de Por-
 tugal, y desconsuelo de su esposa. —
 Almanzor no quiere salir de Granada,
 y se cria un campo entre de los
 Christianos. — Favor de los Espano-
 les. — Digno religioso de Isabel para
 animar los moros.

LIBRO V.

Tiernos corazones que sabeis amar, nunca habeis olvidado aquel dia, en que el objeto de vuestra ternura os hizo palpitar por la primera vez. El placer dulce, el sentimiento delicioso que os poseia, lo turbaba el temor de que un rival mas dichoso se hubiese anticipado, y que otros lazos encadenasen á la que pretendiais agradar. Tan hermosa, tan llena de virtudes, os parecia que mortal ninguno la viera sin inflamarse su corazon. Antes de osar decirle lo que

vuestra turbacion habia ya publicado ; cuántos eran vuestros esfuerzos para descubrir , llenos de susto, su interior ! Una palabra os atemorizaba ; una mirada os traia pensativos ; y luego que , con repetidos rodeos y discursos vagos , descubristeis que su alma libre y pacífica no conocia dueño ninguno , y podiais aspirar á la dicha , á la felicidad suprema de gozar del primer amor.... ¡ ó tierno amante ! recuerda lo que entónces sentiste, y consagra los dias que te quedan , á gozar de tan dulce instante.

Gonzalo gozaba de esta felicidad. La Princesa Mora hablando de la aversion que tenia al feroz Alamar, refiriéndole la historia de su vida,

le habia manifestado no haber conocido el amor. Gonzalo abre su pecho á la esperanza , y poseido continuamente de sus discursos, los tiene siempre en la memoria; y en el silencio de la noche , ve y escucha á Zulema. La imágen del Africano , que osaba aspirar á su afecto , irritaba su furor , y le encendia en deseos de hallarse delante de Granada, de ver , de encontrar aquel famoso guerrero , de vencerle y castigar su audacia criminal. Su corazon se admiraba de conocer el odio ; y la cólera contra Alamar le movia á desear el dexar prontamente el objeto de su cariño.

Otros pensamientos mas dulces,

aunque igualmente tiernos, agitaban á la amable Princesa. Cierta del amor de aquel extranjero, sin haber osado desearlo, resuelta á consagrarle su vida, sin confesar que le amaba, forma el designio de volver con él á la casa de su padre, creyendo que á su lado nada tenia que temer. Muley, Almanzor, Boabdil, el mismo Alamar, todo el pueblo Moro, respetaria, ó temeria aquel héroe: su valor podia libertar á Granada, y la hija de Muley-Hassem era la única recompensa digna de tantas virtudes. Tales eran las ilusiones que alimentaban á Zulema; pero como las heridas de Gonzalo le habian de detener mucho tiempo, la

Princesa envia secretamente un esclavo para advertir á Muley-Hassem del lugar que habita ; y miéntras vuelve el mensagero fiel , emplea todos sus momentos en cuidar de su libertador , atenta siempre á los progresos de la cura , siempre á su lado , llenando de dulzura , con sus discursos , la soledad grata á ámbos.

Miéntras corre el tiempo necesario para recuperarse Gonzalo de sus perdidas fuerzas , el ejército Español delante de Granada se queja de la ausencia de su héroe , y humillado con las hazañas de Alamar , arde por vengarse. Los animosos guerreros , Guzman , Cortes , el Príncipe de Portugal , los Soldados , los Capitanes , piden á

voces el asalto ; pero Fernando no está todavía dispuesto , y se opone á sus deseos. Granada rodeada de mil torres , demasiado espaciosa para el bloqueo , comunica por la parte del oriente con las Alpujarras , en cuyas montañas encuentra víveres y soldados. Cártama por el medio dia , edificada sobre inaccesibles rocas , guardada por los Abencerrages , inquieta á los Españoles. El pueblo inmenso y belicoso , los aliados numerosos y valientes , defienden la ciudad , y el ánimo fogoso de Alamar , el tranquilo valor de Almanzor , preparan la resistencia de que solo el tiempo puede triunfar.

El Rey de Aragon , instruido

por su padre en sus largas guerras contra los Franceses, envia destacamentos á las Alpujarras para sorprender é interceptar los socorros, cortando toda comunicacion, para que el hambre pelee por él. Su penetracion se extiende mas allá de estos límites, é instruido en el arte terrible que pone el rayo en las manos del hombre, y hace inútiles la fortaleza y la astucia, Fernando abre estrechos subterráneos hasta los muros de Granada, en donde el salitre y azufre inflamados, hagan volar por el ayre las fuertes torres, abriendo á los sitiadores ancha y fácil entrada. Empléanse todos los preparativos, todas las máquinas que inventó la guerra; mas

para asegurar el éxito feliz, es fuerza suspender la execucion. Aguilar alaba su prudencia, el anciano Te-
llez aprueba su lentitud, y el in-
trépido Lara da á entender, con su
silencio, que no se puede vencer
sin su amigo.

En esta larga inaccion, capaz de
desalentar al ejército, Isabel pro-
cura, con juegos guerreros, dis-
traer la ardiente juventud. La gran
Reyna conoce quanto aumenta el
valor del Español la presencia del
objeto amado, y sabiendo que, en
su nacion, el amor, el ardiente
amor, es el mas fuerte incentivo de
la gloria, quiso que la siguiesen
las damas de su Corte, viéndose en
su campo las mas hermosas Caste-

llanas. Blanca de Medinaceli, Leonor de la Cerda, Serafina de Mendoza, Leocadia de Fernan-Nuñez, y otras muchas bellezas, ídolo cada una de un héroe, rodean á la Reyna, compitiendo unas con otras en gracia y hermosura; pero entre todas sobresale la Princesa de Portugal, hija de Isabel, gloriosa de su nombre, digna de él por sus amables prendas, y aun más por sus virtudes. Adorada del dichoso Alfonso que acaba de recibir su fe, la tierna Princesa solo piensa en reprimir el valor imprudente de su esposo. Zeloso de la fama de Almanzor, honor y columna de Granada, Alfonso manifiesta sus deseos de medirse con él. Su esposa ate-

morizada no osa disuadirle, pero un fatal presentimiento le arranca en secreto las lágrimas, causándole espanto el nombre solo de Almanzor.

En medio del campo hay un espacioso circo, rodeado de innumerables gradas, en donde la augusta Reyna, diestra en el arte dulce de ganar los corazones de su pueblo facilitándole sus placeres, convida á sus guerreros al espectáculo mas grato á los Españoles. Allí la juventud, deponiendo sus corazas, con un sencillo vestido de seda y una lanza en la mano, sobre veloces caballos, viene á acometer y vencer á los toros salvages. Otros á pie, en una mano un velo carmesí,

en la otra una aguda flecha , esperan al feroz animal. Los Reyes , rodeados de su Corte , presiden á los juegos , y el ejército entero ocupa el anfiteatro , mostrando con alegres voces y aclamaciones repetidas, su amor excesivo á estos antiguos combates.

Las trompetas suenan , la barrera se abre , el toro sale precipitado, y al ruido de los instrumentos , á los gritos , á la vista de los espectadores , se para inquieto y turbado , mirando hácia todas partes, mostrando la sorpresa y el furor que le dominan : acomete á un caballo , y el caballero le hiere , huyendo veloz al otro lado : el toro irritado le sigue , escarba la tierra

con ámbas manos , y arremete al velo purpúreo que le presenta un luchador á pie ; pero el diestro mancebo huye el cuerpo , enreda entre sus astas el velo ligero , y le clava una flecha aguda , corriendo de nuevo la sangre. Herido de tantas lanzas , y de tantas flechas , cuyas puntas corvas no las dexan caer , el animal salta sobre la arena , lanza rugidos horribles , corre agitado por el circo , sacude las numerosas flechas clavadas en el cuello , vuelan los pedazos sangrientos de púrpura , los rios de espuma enrojecida , y cae en fin cediendo á los esfuerzos , á la cólera y al dolor.

En uno de estos combates , el temerario Hernan Cortes se vió cer-

ca de perder una vida, destinada á hazañas tan memorables. Deseoso de agrádar á la hermosa Serafina de Mendoza, montado sobre un caballo cordobes, heria y huía de un toro furioso. El amante sin hacer caso del peligro en que está, miraba la belleza que adoraba, al tiempo que ve caer en la arena el ramo de azahar, que adornaba su seno. Cortes se arroja al suelo, corre, se baxa, vuela el toro, y va á embestir al imprudente amante; un grito de Serafina le advierte del peligro, Cortes recoge la flor, dirige su lanza con pulso seguro á la espalda del animal, y lo dexa espirando sobre la arena. Óyese el universal aplauso, é Isabel

quiere coronar á Cortes, quien, rehusando la corona, enseña la flor preciosa, que pagara con la vida, la llega á su boca, la pone sobre su corazon, rompe la lanza, y sale del circo.

De esta manera se pasaban los dias, y apénas la noche tendia su manto bordado de estrellas, las hachas encendidas reflexadas por el cristal, iluminaban las suntuosas tiendas de la Reyna. Las bellezas de la Corte, cubiertas de oro y piedras preciosas, sin mas adorno en las cabezas que sus cabellos largos y esparcidos, dexan enmedio un vasto espacio, en donde los instrumentos llaman á la juventud guerrera. Vienen todos vestidos ri-

camente , cubiertos de una exquisita y corta capa , sostenida con gracia por un gancho de oro , el sombrero redondo coronado de plumas atadas con un lazo de diamantes , los cabellos ensortijados caen sobre sus espaldas , y el ligero bello de évano , que dexan crecer encima de los labios , aumenta la gracia de sus rostros dulces y guerreros.

Cada uno ofrece la mano á la que prefiere su corazon : los instrumentos suenan , y en una danza noble y mesurada , en que la gravedad no quita nada al placer , y la decencia aumenta la gracia , los dos amantes excitan la atencion de todos sin mirar mas que á sí mismos. Luego otros nuevos sonos se

oyen , y todos se mezclan , se juntan , se separan , vuelven con precipitacion al lugar que habian dexado , huyen otra vez para volver de nuevo , pintando con sus movimientos la alegría , la tierna sorpresa , y la dulce languidez del amor.

Luego que la severa Isabel daba fin á estas diversiones , y las bellas jóvenes , retiradas en sus asilos , consagraban á las tiernas memorias las horas destinadas al sueño , sus amantes , que igualmente velaban , vagan al rededor de la tienda feliz que encierra el objeto de sus amores.

En una de estas noches quando el silencio reynaba en todo el campo , convidando la oscuridad al reposo , sin oirse mas que las que-

jas de los pechos amorosos , Almanzor rendido á las fatigas continuas del dia , gozaba , al lado de Moraima , de la dulzura del tranquilo sueño , sin conocer su alma intrépida otras pasiones , que la gloria y su esposa. Despues de consumir el dia en reconocer las murallas , fortificar los puestos , animar con su exemplo á los soldados , volvía con las sombras de la noche á ver á la solitaria Moraima , á calmar sus inquietudes , y buscar entre sus brazos la recompensa pura que da el casto amor á la virtud.

Miéntas que en lo mas recóndito de su palacio , reposan ámbos en un lecho de púrpura , Moraima lanza un grito horrible , despertán-

dose bañada en sus lágrimas ; y turbada , falta de aliento , se arroja en los brazos de Almanzor , le estrecha contra su corazon , inundándolo con su llanto.

Cara esposa , le dice el héroe, ¿de dónde viene este imprevisto terror? ¿Qué te espanta? Aquí estoy yo , tierna Moraima : mio es este corazon contra quien palpita el tuyo : tu Almanzor es quien te habla , quien te guarda , quien te defiende.

¡Ay esposo mio ! responde , ¡qué horrible sueño me llena de terror ! Yo ví... me falta el aliento : mis fuerzas me abandonan... Yo andaba por esa espaciosa llanura que nos separa de nuestros enemigos,

quando ámbos exércitos estaban á la vista : los Moros circundaban nuestros muros.... Yo te ví, despidiendo luz resplandeciente del fuego del acero , adelantarte solo, desafiar y pelear con Gonzalo. Yo te ví vencedor , pero cubierto de un velo que te ocultaba entre sus negros dobleces. Nadie se atrevia á acercarse á tí : yo corro á encontrarte , voy á echarte mis débiles brazos , el velo se extiende sobre mi cabeza , y ámbos caemos en un lago de sangre.... ¡Ó esposo mio ! ¡amado mio ! bien sé que no puedo intimidar tu alma grande ; pero te pido , te suplico que te acuerdes que no hay mas que tú en el universo para Moraima. Mi fa-

milia toda ha perecido, mi padre y mis hermanos cediéron al poder de Boabdil, el dolor ahogó á mi madre, los Abencerrages que quedan están desterrados de Granada: todo lo he sufrido: el cielo me dexaba á Almanzor, y he vivido. En tí he reunido todos los amores que habia perdido: tú has heredado de mi corazon todos los sentimientos que conoció. ¿Querrás quitarme el único bien, que me dexó el destino? ¿Querrás condenar tu Moraima?... Moraima moriria al instante; espiraria del mayor, del mas horrible suplicio. Apiádate de mí, Almanzor valeroso, prométeme no salir de nuestros muros, ciñéndote á defender

estas torres que no tienen mas apoyo que tu brazo; promete no abandonar á tu esposa, tu Moraima, yendo á prodigar tus dias en esa fatal llanura, en defensa del pérfido Rey, que detesta tus virtudes, y tal vez te entregará al verdugo así que hayas salvado su imperio.

Moraima, responde Almanzor sin poder detener las lágrimas, tú me eres mas cara que la vida; pero mi deber lo es todavía mas. Conozco bien á Boabdil, ni tú ignoras que tengo siempre un medio terrible de librarme de su furor, en el tósigo que encierra esta sortija. Yo no peleo por ese monstruo, sino por mi Religion, por mi Patria,

por dexar sobre mi sepulcro un nombre que sirva á mi esposa de respeto. ¡Ó esposa digna y fiel! no intentes hacer titubear mi virtud; tú sola la criaste en mi alma, tú la alimentaste con santos exemplos, tú la hermoseas con tu puro atractivo. Para dexar de amarla, habia de dexar de adorarte. Sosiégate, Moraima: yo no pretendo salir de nuestros muros, quando el interes de mi nacion me lo prohibe: contigo quedo, con aquella que, con una mirada, con una palabra, me recompensa de todas mis fatigas. Enxuga tus lágrimas: el Dios de los combates dará fin pronto á nuestras miserias. Tal vez mis esfuerzos obtendrán una paz feliz.

¡Qué gloria, qué felicidad mayor, si el pueblo, libre por mí, decia al verte pasar, esa es la esposa, el dueño de nuestro Libertador!

En pronunciando estas palabras, la abraza, la sosiega, le promete no salir fuera de los muros, y Moraima le pide repita estas halagüeñas palabras. Moraima cree, Moraima creyó siempre quanto le decia Almanzor; pero su pecho no se sosiega, ni se agota su llanto. Al mismo tiempo, óyese el sonido de las trompetas cerca del palacio: Almanzor se levanta confuso; pone el oido; el ruido de las armas se confunde con el de los caballos; toma su espada, pónese el ancho turbante, viste la impenetrable cora-

za, y sin escuchar á Moraima, corre á informarse de la causa de este movimiento.

Apénas llega á la plaza, ve en medio de las hachas, al frente de los negros Africanos, á Alamar, al feroz Alamar, sobre un caballo de Suz, cubierto de una piel de serpiente, cuyas impenetrables escamas le defienden, revolviéndose en su verde turbante la cabeza horrible y sangrienta.

Príncipe de Granada, le dice el bárbaro, tú duermes, y yo voy á pelear: tú reposas al lado de tu esposa, y yo voy á poner fuego á las tiendas de Fernando. Boabdil me ha dado sus órdenes, y solo con mis soldados embestiré á esos

fieros Españoles, quienes creyéndonos cobardes para sorprehenderlos, esperan entre mil regocijos que el hambre nos haga cautivos. Yo turbaré sus fiestas magníficas, y yo inundaré en sangre esas tiendas, en donde habitan los placeres. ¿Almanzor se atreve á seguirme?

Dixo, y el héroe le mira con risueña indignacion. Sosiégate, le responde, Almanzor irá delante de tí. Al punto manda juntar los Zegries y Alabeces, pide un caballo, toma su pesada maza, vuela al lado de Alamar, semejante al Dios de las batallas, manda desfilár en silencio los tres esquadrones reunidos, y sale por la puerta de Elvira.

Ya van marchando por la espa-

ciosa llanura, y ántes de llegar á las guardias avanzadas, consultan Almanzor y Alamar el órden que ha de observarse. Los Zegries, mandados por Maaz, marcharán al centro del campo, en donde los guerreros de Castilla guardan á su Reyna Isabel: Alamar con sus Africanos acometerá por la izquierda, defendida por Tellez y los Caballeros de Calatrava: Almanzor y sus leales Alabeces se dirigirán por la derecha, en donde está el Rey Fernando en medio de sus Aragoneses.

Las órdenes dadas, se separan y marchan con paso igual, rápido y sin tumulto. Las tinieblas favorecen á los Moros, y el descuido de sus enemigos asegura el intento. In-

molan las primeras guardias; las segundas tienen la misma suerte: llegan á los retrincheramientos, y pásanlos los caballos africanos: los soldados de Alamar alzan gritos espantosos, los de Almanzor les responden, y los Zegries desde el centro repiten los clamores: los Moros inundan el campo por tres partes á un tiempo, y semejantes á los leones de Getulia, quando encuentran en el desierto un rebaño de tímidos corderillos, así se arrojan sobre los Españoles, los persiguen, degüellan á los que huyen ó resisten, amontonan los cuerpos moribundos, y temen que sus brazos cansados no basten á su furor.

Alamar sediento de sangre, solo

y léjos de los suyos, en el tumulto y las tinieblas, discurre por el quartel de Tellez, deshaciendo, inmolando á su rabia quanto se le presenta. El anciano Tellez, al primer ruido, manda tocar la trompeta, y sin escudo ni casco, con la espada en la mano, precedido de algunas hachas, corre, llama á su caballería. Alamar le oye, corre á él, tiende por el suelo los que le rodean, ase al anciano por sus blancas canas que respetáron mas de cien combates, y de un solo golpe separa la venerable cabeza. El Africano, sin pararse, acomete al esquadron de Calatrava que entón-ces se juntaba desordenado, obede-ciendo á la voz de Tellez: Ala-

mar llega como un rayo : ahí tenéis , les dice , vuestro jefe ; y arrojándoles la cabeza sangrienta , se precipita entre el esquadron , lo deshace , lo pone en fuga , cubriendo la tierra de cadáveres.

Al mismo tiempo , el valeroso Almanzor llenaba de terror el quarter del Rey. Los Aragoneses atemorizados perecen ó se dispersan. En vano Aranda y Montalvan , sus jefes , quieren reunir los fugitivos : los Alabeces , guardando sus puestos , semejantes al mar quando cólerico embiste las orillas , avanzan , destruyen , deshacen quanto les podría detener. Almanzor los dirige sin turbacion ni furor , y desdeñándose de dar muerte á los vencidos,

piensa mas en el fruto de la victoria , que en la sangre que ha de comprarla. Dase la órden , enciéndense las hachas , arden las tiendas , los torrentes de espeso humo se levantan , vomitando largas llamarradas que crecen en sinuosas ondas. Alamar y sus Africanos lo descubren , y el fuego corre por el quartel de Tellez. Caen las tiendas , revienta el incendio , y las dos llamas se elevan á un tiempo , amenazando su reunion dentro de pocos instantes.

Fernando casi desnudo , á las primeras voces , toma la espada y corre veloz á buscar á Isabel , encontrando á la Reyna , rodeada del Príncipe de Portugal , Lara , Cor-

tes, Aguilar, y todos los héroes de Castilla. Tres veces habian sido rechazados los animosos Zegries; y su xefe Maaz, perseguido de Lara, cedia estremecido la victoria. La augusta Isabel iba en persona á socorrer al Rey, quando el Monarca llega en su busca, temiendo su peligro. Su presencia sosiega á Fernando, y va á acabarse de armar para pelear con Almanzor.

Al oir este nombre, á la fama de sus hazañas, á la vista del vasto incendio que esparce una luz horrorosa, el Príncipe de Portugal, el impetuoso Alfonso, vuela como el tierno ciervo que va á buscar la flecha mortal. Las voces del terror son su guia: corre por entre las

llamas, llega, encuentra á Almanzor, dirige á él la lanza, rompiéndose en la coraza del Granadino. Almanzor se para, vuelve hácia el Portugues los ojos ardiendo en ira, va á descargar su enorme maza; pero viéndole á pie y casi solo, la generosidad vence á la cólera, salta del caballo, saca el alfange, y se va hácia Alfonso, que le espera con la espada en la mano.

Las espadas cruzadas centellean, y las armas resisten á los repetidos golpes. Almanzor recibe en el brazo una profunda herida: Alfonso grita alegre; pero Almanzor empuña con la otra mano el alfange, y atacando de mas cerca á su enemigo, de un reves abre el pecho del intré-

pido Portugues, y Alfonso cae, haciendo inútiles esfuerzos para amenazar al vencedor. La voz y la vida le faltan en un momento.

¡Desgraciada Isabel, esposa, amante infeliz del héroe que acaba de espirar! en este instante te decían como el temerario Alfonso estaba peleando con Almanzor. Las voces de la Reyna, ni los ruegos de Fernando detienen á la tierna Isabel que, pálida, desordenado el cabello, corre por entre las llamas, gritando Alfonso, Alfonso.... Llega, ve á su esposo, ya despojado del casco, volviendo los ojos entre abiertos hácia Almanzor que se alejaba. ¡Alfonso mio! exclama arrojándose sobre el cuerpo, Alfonso,

espera á tu esposa: el dolor va á unirla contigo. ¿Es este el dulce himeneo que habia de asegurarnos una vida feliz? ¿Son estos los dichosos lazos que nos unian para siempre? Alfonso, amado Alfonso mio, ¿no te bastaba el amor de Isabel? ¡Ay! yo no merecia ser tu esposa mas tiempo: el destino bárbaro no lo quiere; pero á lo ménos él no podrá separarnos. Entonces se levanta llena de desesperacion, coge la espada de Alfonso para meterla en su seno, quando la Reyna y Fernando llegan y la detienen. En vano quieren desviarla del sitio funesto: todos los esfuerzos son inútiles; y desconociendo la voz maternal, desecha sus tier-

nas caricias , vuelve á arrojarse sobre el cuerpo de Alfonso , estrechándolo entre sus débiles brazos.

Almanzor la ve desde léjos á la luz del fuego devorador , y sin poder reprimir las lágrimas , ¡ infeliz de mí ! dice , ¡ qué es lo que he hecho ! ¡ Mi brazo inmoló el esposo de aquella viuda desconsolada ! ¡ Yo fuí la causa de la desgracia de aquel corazon amante y desesperado ! ¡ Ay Moraima , Moraima , tal vez muy pronto... Al decir esto se aumenta su llanto ; pero apartando tan melancólicos pensamientos , y pronunciando el nombre de su Patria , sigue su rápida carrera , dilata , aumenta el incendio , y llega á Alamar , que cubierto de san-

gre , cansado del sangriento espectáculo , venia á encontrarle , caminando sobre montones de cadáveres.

Los dos héroes regocijados , concertan nuevos designios. Á la claridad del fuego ven un batallon erizado de lanzas , formado , léjos de las ruinas del campo , de ancianos Castellanos , tres veces vencedor de los Zegries , que Maaz llamaba á retirar. Enmedio la Reyna Isabel, sentada sobre un escudo , sostenida por Fernando , tiene en los brazos á su hija desmayada , la estrecha en su seno , la baña con su llanto , y procura recordar á la inconsolable viuda , que todavía le queda una madre.

Al rededor están Aguilar , Cor-

tes, Guzman y Lara, xefes, héroes del ejército, enternecidos á la vista de tal espectáculo, indignados contra la fortuna, derramando lágrimas de cólera y compasion, añadiendo por acometer al Moro, pero sin poder alejarse de aquel recinto, último refugio de sus Reyes, último asilo de sus banderas. La venganza y la rabia los hace estremecer, llevándolos mas allá de sus puestos, para ir en busca de Almanzor; pero el Monarca los llama, y vuelven pesarosos á su voz. No de otra suerte, el animal valiente, nacido en las peñas de los Pirineos para defensa del rebaño, atado con fuertes cadenas al lado del redil, viendo á lo léjos al Lobo

devorador, se eriza, amenaza, llena el ayre de espantosos ahullidos, muerde la cadena que sus fuerzas tienen tirante, oyéndose el rechinar de los dientes que afila unos con otros.

Tranquilo en el seno de la victoria, teniendo en poco el triunfo mientras Granada no está libertada, Almanzor propone el reunirse para acometer á la invencible falange, y acabar la guerra destrozándola; pero las fuerzas del grande Almanzor no obedecen á su valor, y la sangre que corre abundantemente de su herida, el dolor que disimula, aumentado con un instante de reposo, no permiten al valeroso Príncipe volver al combate. Los Alabe-

ces, temiendo se desgraciase su preciosa vida, se niegan en voz alta á seguirle: los Africanos, el mismo Alamar, satisfechos de las hazañas de la noche, claman por volver á Granada. El héroe los escucha pensativo, meditando un nuevo medio de conservar la ventaja, y aumentar la consternacion de los vencidos. Conociendo quan importante es en la guerra inspirar el terror, y que, á veces, las ceremonias suntuosas imponen mas que la victoria, llama al fiero Alamar, junta al rededor de sí sus Capitanes, y tomando aquel noble ascéndice que da á los hombres grandes su propia conciencia, al fin cedo, les dice, Almanzor consiente en descansar; pero ninguno consienti-

rá en perder el fruto de la victoria, ni volver fugitivos á entrar dentro de los muros todavía amenazados. Amigos, juremos todos de no volver hasta haber echado esos bárbaros, y exterminado nuestros enemigos: levantemos aquí nuestras tiendas, y campemos todo nuestro ejército: opongamos el campo de los vencedores al campo derrotado; y sitiado el Español, experimente ahora los males que tanto tiempo nos hizo padecer.

Los soldados aplauden, Alamar aprueba el grande intento, y parte en busca del Rey Boabdil, para conducir las tropas y los auxilios necesarios. Llega á la Alhambra, esparce la nueva feliz, y el pueblo prorumpe en aclamaciones alegres. Abrense las

puertas de la ciudad, y Boabdil, seguido de Alamar, sale al frente de sus batallones. El campo se inunda de Moros, cargados de armas y víveres; el ejército rodea á Almanzor, llamándole su Dios tutelar, su héroe, su libertador, y el Rey mismo confirma estos gloriosos renombres. Elévanse millares de tiendas, en el espacio circunscrito, levantándose en el centro la suntuosa mansion destinada para Boabdil. Almanzor y los Alabeces se retiran á la derecha, Alamar y los Africanos se colocan en la izquierda. En pocas horas se establece el ejército, ocupando los puestos avanzados tropa fresca y numerosa; y seis mil lanzas, puestas en fila delante del campo, presentan las ca-

bezas sangrientas, que los feroces Africanos traxéron del combate.

Los rayos del dia descubriéron este espectáculo, ofreciendo á los Castellanos la imágen horrible de tantas desgracias: las tiendas consumidas, los almacenes humeando debaxo de montones de ceniza, millares de cadáveres esparcidos, nadando en arroyos de sangre: aquí algunos infelices palpitan todavía debaxo de las ruinas; allá los soldados desnudos recibieron la muerte durmiendo. Cada uno busca el hermano, el amigo que le falta, quedando engañado su dolor piadoso, al aspecto del cuerpo mutilado, y viendo á lo léjos, en la punta acera da de una lanza, la cabeza del que busca lloroso. La ve, aparta la vista,

y se estremece de horror y de espanto. Fernando, Lara, todos los xefes, se miran, sin osar resolver nada: la augusta Isabel palidece: los Castellanos intimidados guardan pavoroso silencio: el terror se ve en sus rostros: el desórden marcha por el campo; todos tiemblan y se disponen á la fuga; pero Isabel la sabe precaver. Isabel conoce las costumbres, el genio de sus Españoles, y llama á la Religion en socorro de su extinguido valor. Acompañada de dos santos Pontífices, precedida de la cruz, sagrado estandarte del ejército, discurre por entre las filas, y con acento fervoroso que inspira la esperanza, amigos, les dice, adoremos la mano que nos humilla; ella nos ensalzará. El Dios de los

exércitos está con nosotros: no creais que entregará la victoria á los enemigos que le ultrajan; él quiere probar sus soldados; quiere que os hagais dignos de la recompensa que os destina. Los que ahora llorais, la poseen ya: sí, aquellos que cortó la segur en esta desastrada noche, nos contemplan desde lo alto del cielo que habitan, mostrándonos la palma inmortal que los Ángeles han puesto entre sus manos. Dexad ya, Christianos, dexad de regar con llanto sus cenizas. Ellos no han menester vuestras lágrimas, y nosotros necesitamos su socorro. Invoquémosle: volvamos los ojos con respeto y confianza, hácia esos despojos sangrientos, que ahora mirais con espanto: esos son los

despojos de los mártires, las reliquias sagradas á que deberemos la victoria: ellas aseguran la perdicion infalible de los bárbaros Musulmanes, y atraen, sobre esos impíos, la ira del Todopoderoso, que jamas dexa sin castigo el ultraje hecho á sus santos.

Los religiosos Españoles responden con sollozos, jurando morir por su Dios á los pies de su amada Reyna, invocando el Ser supremo, bendiciendo el nombre de Isabel, y animados de nuevo valor, quieren marchar contra el enemigo.

Fernando modera su ardor, pero sabe aprovecharlo. La mitad de la tropa queda sobre las armas, mientras la otra recoge los heridos, y da sepultura á los muertos. La Reyna les prodiga fúnebres honores, y entretanto, Lara traza, mas allá del

campo destruido, un ancho y vasto recinto, cercándolo de un foso profundo. El día se pasa en estas tristes ocupaciones, mientras el ejército abatido dexa las armas solo para trabajar; pero la firme constancia, la sumision, la frugalidad de los Castellanos, lo sufre todo sin murmurar. Retíranse á las trincheras, guardando la entrada soldados escogidos. Todos duermen en el suelo, la cabeza apoyada sobre el escudo, las lanzas en la mano, prontos á pelear en oyendo la señal. Los xefes reposan al lado de los soldados; pero los Reyes, aun mas dignos de compasion que sus desgraciados vasallos, no osan entregarse al sueño.

FIN DEL LIBRO V.

